

ARMAS Y LETRAS

ARTE · CIENCIA · INVENTOS · VIAJES · DEPORTE ·
LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES ·
VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR · PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

30 DE OCTUBRE DE 1923

AÑO IV.

Número 67



Ayuntamiento de Madrid

PISTOLA NACIONAL



VENCEDORA
DE TODAS LAS PISTOLAS
NACIONALES Y EXTRANJERAS
EN CONCURSO CELEBRADO
POR EL MINISTERIO
DE LA GUERRA

ASTRA

ASTRA

REGLAMENTARIA EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA.

GUERNICA
(VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL A.V.D BERNABÉ
MAYOR 86 MADRID

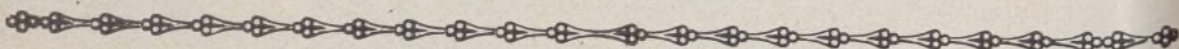
Única reglamentaria en el Ejército.

Única reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS



Ayuntamiento de Madrid

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de
instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Cen-
tros, dependencias oficiales, oficinas del ejército
o con cualquier manifestación de deporte o
ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y
verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar precepti-
va, por Fernando de Altola-
guirre. De texto en la Academia
de Caballería. Único libro de con-
sulta, sobre tal materia, para el
Cuerpo de oficiales. Precio, con el
apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor.
Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído
nada más apropiado. Cerve-
cería-Bar, servido por señoritas.
Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventru-
do, hoy enjuto: es que uso las FA-
JAS DE JUSTO. Probarlas es
adoptarlas. Carmen, 10, corse-
tería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Pro-
pietario, Miguel Simón. Servi-
cio esmerado. Los militares, me-
diante la presentación del carnet
militar, obtienen una bonificación
del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.— Cami-
sería. Ropa blanca. Equipos.
Canastillas. Batas. Especialidad en
blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fá-
brica de paños en Béjar. Pro-
veedor de la Cooperativa del Mi-
nisterio de la Guerra. Se remiten
modelos de prendas a las Juntas
económicas. Talleres: San Marcos,
36 y 38. Madrid.

Disponible

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Ti-
rantes, Fiadores, Charrete-
ras, Dragonas, Hombreras,
Fajines, Fajas, Forrajeras,
Galones, Soutaches, Cordo-
nes de ayudante, para me-
dallas, bastón, Espadas, Es-
padines, Sables y Condeco-
raciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas,
Plumeros, Gorras, Gorros,
Roses, Entorchados, Boto-
nes, Emblemas, Números,
Estrellas, Bordados, Cintas
Rosetas, Lazos, Canutillos,
Lentejuelas y Materiales

:: para bordar ::

un buen jinete

hace un buen

Caballo

Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticolico F. Mata



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

«Anuncios "Los Tiroleses"»

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Roma)

Tres carnets para identidad 3 pesetas. Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 petas. Novedad fotográfica, 33 calcomanías para aplicarse en papel cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPañIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles. Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas. Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y económicas. Relojería garantizada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS

NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. Pelayo 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO A. PAJARES
LAMPARAS DE TODAS CLASES Jardines, 7 y 9
Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y chapa galvanizada.

Hilario Puerta García. *.* Primera casa en envases para aceite. Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.

Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

LA OCASION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 58

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono 2485 M

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel, carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE OUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, OUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M. 4.205 - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ● ● ● Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas' Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía, y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8 MADRID Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERÁ DE LAS VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA EN EL NEGOCIO PUEDEN PROPORCIONARLE



Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TETUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPAHTS

F. VILLAVEVERDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

Grandes Almacenes de

SALVADOR DELTELL

(Casa del Valenciano)

CONSTRUCCIÓN DE TODA CLASE DE CORREAJES Y EQUIPOS DE CABALLO PARA EL EJÉRCITO
COMPRA Y VENTA DE TODA CLASE DE DESECHOS MILITARES EN CUALQUIER PUNTO DE ESPAÑA

Ribera de Curtidores, 18 MADRID Se pagan altos precios

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32
TELÉFONO 22-031

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



BEBED AGUA FARGAS



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinario.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de **ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

PEDRO ANDION

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos. Gutaperchas. :: :: :: :: :: :: :: :: Lanillas para banderas.

TELÉFONO 14-87 M

IMPERIAL, 8 Y 16 Y BOTONERAS, 8

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

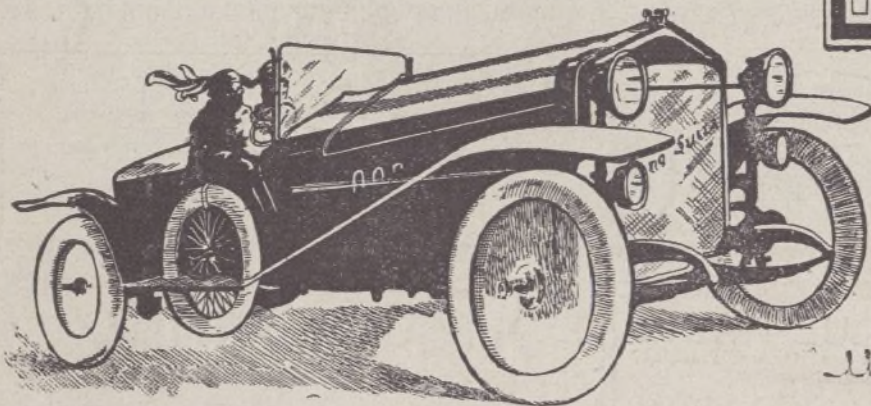
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación. — Cables de goma. — Tensores. — Tubos de acero. — Cuerdas de piano. — Cables de alta. — Cojinetes de bolas. — Hélices. Neumáticos. — Ruedas metálicas. — Telas para globos. — Trajes eléctricos para aviadores. — Tornillería de acero. — Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J - 1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châlon

Gráfica Universal, Princesa, 14. — MADRID



ENTRE JUAN Y PEDRO

—¡Qué vidica te estás llevando, maño!
—Sí que es descansá; si no juera por los tiritos que mus sueltan esos zarrapastrosos del monte, cuando menos viene a pelo.

—Eso siempre será a contra pelo; hombre; no creo yo que el escacharrarle a uno sea nunca a favor del pelo.

—Mira; si vas a escomenzar a dártelas de patoso, no te digo una cosa que sé.

—¡Oye! ¿Pa tú cuando uno hice chascarrillos, es que se pone patoso?

—Natural; si las gracias son patosas, el que las dice ¿qué va a ser? Es como si sales a dar morrás a los benirreiles y te las dan ellos a tí, ¿vas a icir que salistes a darlas? Más mejor quedarás diciendo que fuiste a que te las dieran, ¿no?

—No escomiencas con aparejos ni líos de palabrotas que no se comprenden y dime eso que sabes, que de seguro no vale ni un centimico de los que no valen más que uno.

—Pué que tengas razón: pero me paece a mí que si los oficiales están siempre hablando de ello, por algo será.

—¿Hablan mucho?

—Y hasta se incomoan algunas veces; y como chillan mucho, pos no pués icir quién tié razón.

—Ascucha: el cura de mi pueblo cuando alguno se alborota, le ice siempre que porque chille mucho no tendrá más razón.

—¡Concho! Pues el alcalde del mío, cuando quí conseguir una cosa, alevanta la vara y grita: ¡Aquí no chilla naide más que yo, ni tié razón naide más que el Alcalde!

—Eso sería antes... ahora, como no chille en la cárcel.

—¡Qué cosas te vienen al cerebro, maño! Si el alcalde es quien manda en la cárcel, ¿quién lo va a meter?

—¡Anda! pos son ya unos cuantos los que hay; dende que han cogío la barredera esos generales que se llaman directorios, como barren pa toos laos, pos ca uno va pa un puesto.

—¡Tié gracia! ¿De modo que les han dao escobazo a los alcaldes?... Güeno s'habrá puesto el de mi

pueblo... anda que en cuanto que lo saque el deputao, ya se lo pagarán, ya...

—¿Qué deputao? si tamién los despacharon.

—¡Atiza! ¿Pero es que van a espachar a too el mundo?

—Asín parece... si no se cansan...

—Güeno, ¿te digo o no lo que iba a icirte?

—Pero ¿no me lo has dicho entodavía?

—¿Es que m'has dajao icir nada?

—Amos, anda; conta, que tamién tú dende que piensas una cosa hasta que la sueltas... ¿Es que los directorios esos mos van a espachar d'aquí?

—Apara la borrica, que too s'andaré. ¿Te irías tú agora a gusto, dejando a los mislines estos aonde estaban toos aquellos que mos asesinaron?

—No, a gusto no me iría, no, señor; y el que se juera asín, no es hombre... ¡ya está dicho, vaya!

—¡Caball! pero en cuanto que lleguemos a esos montes y pasemos al otro lao... ¡ca pa cara la mitad!... ya lo verás.

—¿Y se pué saber por qué tardamos tanto en ir? ¿Es que nos esián busbando casa?

—No saques el paquete de las tonterías, maño; no vamos entoavía, porque la vendimia ya sabes que no s'hace hasta que las uvas están mauras...

—Sí que los moritos van a madurar... ¡como no, morena!

—No sé por qué no han de madurar. ¿No coges los melones bien verdes y los mauras en casa, teniéndolos bien abrigaos?

—Asín, sí; abrigando a éstos, como hace el albeitar de mi pueblo, cuando un macho está arrecío, con un buen vergajo.

—Eso es; pero lo primero que t'hará falta pa emplear esa meicina, es un macho que esté arrecío y un vergajo u dos u tres, por si se troncha alguno...

—Machos no han de faltar; y vergajos tamién tenemos, me paece a mí...

—Sí; pero a saber si tendremos bastantes; a más ¿aonde están los machos enfriaos?

—¿Qué tié que ver que no estén arrecíos? Asina tendrán más calor y... ya sabes... por mucho trigo...

—Na; que no sabes lo que te ices, maño. ¿Qué quies, que vayamos como hemos ido muchas veces,

parejo que un ciego, sin lazarillo y sin el zurrón bien repleto? eso sería ser tonto ¿no lo comprendes?

—No es mu fácil la comprenencia; pero no t'incomodes; iremos cuando tú y los tuyos queráis; si aluego resulta que too son baches, verás como nos ponemos el calzaos...

—¿Y pa qué nos van a servir esos que volan?

—Cualquiera diría que por aonde van ellos hay baches... ¡poco igualico que tienen el camino!

—Pos bien que tropiezan los pobres y cuando van mu bajos...

—Sí que tié quiebras el oficio, sí; más de lo que se fegulan algunos.

—Gracias a ellos sabremos donde hay barro y por qué puerto conviene pasar y si hay u no muchas moscas; pero hay que darles tiempo ¡rediel! tú como too lo haces tan deprisa.

—Ya esperaré, hombre, ya... aunque si no ha de ser hasla que digas esa cosa que sabes... te paeces a esos periódicos que se pasan un mes iciendo que va a pasar una cosa gorda y aluego no dicen na ni pasa na.

—Te lo voy a icir d'un tirón. ¿Tú sabes lo que es Tánger?

—¿No es un pueblo moro d'allá arriba?

—Cabal; pero es un pueblo grande que está en el campo que mus han mandao que guardemos y que tenemos que arrodearlo sin entrar en él...

—¿Tan malo es?

—¡Quiá! Porque es güeno es por lo que algunos vivales quién que sea pa ellos.

—Pero ¿no está en el terreno nuestro?

—Casi casi en la metá.

—¿Y va a ser pa otros?

—Eso icían; pero agora se van a juntar los que lo quieren y...

—El que más chufle...

—No; no es la cosa pa chufletes.

—Entonces ¿pa qué se ajuntan? ¿pa repartíselo?

—Si no se pué repartir, tozudo... es que como hasta ahora ha sido de dos u tres...

—No era de ninguno ¿verdad?

—Sí, pero el más espabilao sacaba las tajás, y el caldo pa...

—Pa nosotros, ¿no? oye ¿y los huesos?

—Eso, eso es lo que quién dejamos...

—¿Sabes maño que las cosicas que te cuentan no las entiende ni aquel Cardona que ice el furriel era uno mu listo de su tierra?

—No las entiendes tú.

—Ni tú tampoco; mia que icir que no queremos una cosa que está en nuestro campo... ala, arrea p'alante, que hay que arreglar too esto, si no el capitán...

—Es que vamos a tener visita?

—¡Claro, hombre! ¿No lo sabes que va a venir el general nuevo a vernos?

—¿Hasta aquí va a llegar?

—Ese es de los que van aonde hace falta; y como ha estao aquí mucho tiempo, le vendas los ojos y no tropieza.

—M'alegro, hombre; a ver si encuentra al alparcero ese de la Krin, que icen que s'ha escondío porque lo quién escacharrar.

—Si no lo encuentra él, pos dalo por perdío pa siempre... ya verás; en cuantico que venga y vea esto y los caminos que van p'alante... ¡ya estamos!

—Pos que venga pronto ¡rediez! que ya se me está olvidando hasta por dónde se carga el fusil...

—Mientras no se te olvide cómo se pone el cuchillo...

Eso no se me olvida a mí manque viva los mesmos años que aquel gachó que llamaban Matalaulau.

—Oye ¿quién era ese?

—Pos uno que vivió hasta el día de morise.

—Sí que era listo ¡repaño!

—Quieo decir que no se murió hasta dimpués de mucho tiempo...

—¡Sí que se parece a eso lo que has dícido! Pa explicar las cosas, tú, mañico...

—Toos no tenemos la comprenencia que tú...

—¿Qué le vas a hacer? ¡Oye!... ¿Qué será aquello que se vé allá abajo, que parece como orugas de viaje?

¿Qué va a ser? chilabas que se mueven... ¡Atiza!... Ya los va a arreglar el pájaro ese... ¡Concho! pa qué s'abajará tanto... a ver si lo estozolan.

—Pa ver lo que hacen esos que tú llamas orugas...

—Eso te lo digo yo dende aquí... Están poniendo palicos con liga... mía que si te cazan...

—No seas mastuerzo, maño... ¡qué m'as de cazar! pa eso van los del ariplano, pa ver aonde ponen las trampas... ¡con ir por el otro lao!

—Aspera, que me parece que te he comprendío ahora... mos estamos paraos tan y mientras que dende ahí arriba miran por aonde hay pedruscos y baches... ¡no está mal pensao!... Ansina en un momento... ¡tié gracia! que se estén cansando en poner liga y aluego... a lo mejor, se pegan ellos en las ramicas... ¡mu salao!

Vamos, hombre... gracias a Dios que por fin tuviste una vez comprenencia... ¿no ves que cuanto más asperes el agasajo mejor te sabrá?

—¡Que lo digas! más mejor que el mosto reposao no hay na... asentémonos, maño. que ya mus avisarán.

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE.

LOS ARETES

por J. RAMIREZ URÍA

En una tarde llena de luz y de color, en una de esas tardes andaluzas en que parece que el sol va a reventar como un clavel doble, Mr. William se interna por Triana, curioseándolo todo y empapando su retina en ese derroche de rincones pintorescos y de típicos grupos que a la vez hacen pensar en arrabales venecianos y en ciudades moriscas—todas blancura y gracia.

Mr. William, que podrá contar de veinticinco a treinta años, tiene finos modales, alta estatura, mirar inteligente, palabra lacónica y reflexiva. Su pelo casi albino y sus ojos casi grises; delatan claramente su origen sajón. Llegó hace años a Sevilla, luego de peregrinar por el mundo estudiando costumbres, buscando objetos de arte o de valor arqueológico y procurándose en general cuantos conocimientos le fueran útiles. Y Sevilla hizo de tal modo su encanto, que el viaje se estacionó y Mr. William paseó por los barrios bajos, durante largo tiempo, su seriedad de hombre exacto, sus cuadros, sus antigüedades y sus caprichos.

Aquella tarde se detiene más que nunca y no cruza por patio de vecino sin que se le pasen minutos y minutos en inmóvil observación.

Frente a la Cerámica hay una linda casa con un balcón, lleno de macetas y flores, y con una sola puerta. En ella está parada una chiquilla, que podrá llegar a las veinte primaveras, y cuyo rostro es tan bello y lindo que da que decir a cuantos la ven. Es gitana de pura raza. De un moreno de bronce, de un encanto clásico. Sus ojos y su pelo tienen una negrura de noche encapotada, de abismo profundo. Su boca es gruesa y sensual, y resalta como una pálida flor sobre el moreno africano de la piel. Lleva un gentil peinado que es todo arte y sencillez; dos ondas de bucles en sortijas le caen por ambos lados de la frente, tapándola casi en total con una gracia inimitable. Y de sus orejas penden dos viejos aretes hermosos y finos, de oro antiguo y forma alargada.

Mr. William, que tiene el don de investigar al detalle de una ojeada, se ha quedado absorto, a un tiempo mismo, de sus aretes y de su hermosura. Con su proverbial aire grave está de pie frente a ella y apenas pestañeaba ni hace el más leve movimiento. Ella se turba en un principio, después larga una risa fresca y burlona, y al fin se retira bruscamente de la puerta. Pero a Mr. William le han

quedado bien presentes los rasgos de su rostro, como el extremado valor artístico de los pendientes; y con imperturbable calma saca su carterita de apuntes, se fija en la fachada y en el número y escribe algo.

El joven turista sabe también llenar de pinceladas un lienzo, y con tal pretesto pide permiso, pocos días después, para sacar apuntes del referido patio de vecinos. Acceden de buen grado los habitantes de la casa, y pronto se ve rodeado de un corro de personas que, con ojos curiosos, siguen los primeros trozos del bosquejo.

Continuando tal trabajo, tarde tras tarde, ha conseguido al fin entrar en conocimiento con la bella gitana. Llámase Carmela, y vive en compañía de



unos hermanos pequeños y de su madre, que es ya anciana y está casi inválida...

En cierta ocasión le ha manifestado el interés que le causan sus viejos aretes y lo feliz que sería pudiéndoselos comprar, ya que los objetos de arte

han sido su afán de siempre. La gitana contesta que mucho lo siente, pero que le es imposible deshacerse de ellos.

—¿Por qué?—le pregunta el inglés algo contrariado.

—Porque no pueé sé. Esto jarete irán conmigo a



la caja cuando me muera. (Ella dijo cuando me las *pire*.)

—¿Tanto le interesan a usted?

—Es lo único que me interesa en esta vía.

Él procura averiguar el motivo de tal interés, y ella entonces le relata con franqueza y entusiasmo cómo los tales aretes son un recuerdo de su novio; y cómo su novio ha muerto por causa de ella. Fué otro gitano que se metió por medio en aquellos amores... Fué una noche de manzanilla de *cante jondo*, en la misma orilla del Guadalquivir. Y fué un pretexto cualquiera, y dos navajas que relucen bajo la luna y un hombre que cae y otro que es llevado preso... Su novio, que fué el preso, le juró que habría de volver bien pronto a su lado. Y, en efecto, logró escapar del calabozó y salir de presidio. Pero uno de los centinelas pudo verle y, saliendo en persecución, le disparó un tiro de fusil dando con él en tierra para siempre.

Aquel relato hirió a Mr. William de una doble herida; ya que comprendió que nunca podría unir a sus prendas de arte aquellos aretes ni a sus caprichos de galán aquella hermosura. Y fué, sin duda ninguna, así, porque de allí en adelante, mientras

más rogó el turista, más firme se mantuvo la gitana en su negativa.

Cierta noche en que los vecinos reunidos hacían corro a un *chavalillo* que, con voz quejumbrosa, apuntaba melodiosamente unas *serranas* de las de antaño, Mr. William se presentó de pronto con más seriedad que nunca y con cierto aire de tristeza que hacía resaltar más aún su seriedad.

Bajo los rayos argentinos de esa incomparable luna andaluza, dirigió una tierna mirada a aquel bronceado rostro de belleza oriental y a aquellos aretes de un oro empalidecido por el tiempo como los rostros ancianos. Era una mirada que parecía un adiós.

Y, en efecto, Mr. William llegaba a despedirse. Ya concluído su cuadro, ningún otro pretexto podía retenerlo en aquel bello patio, que era como un ensueño de poeta meridional.

Carmela se le acercó algo contrariada, pensando tal vez que aquella visita tenía por objeto una nueva tentativa sobre la compra de sus aretes. Y el turista, que lo comprendió así desde el momento en que vió el ofuscado mohín, se apresuró a explicarle que el único motivo de su presencia era despedirse. Esta noticia cambió el mohín de contrariedad de la gitana en otro de emoción y de sorpresa. Algo incrédula, preguntó si era cierto, y el inglés se lo afirmó con su triste laconismo. Ella pareció emocionarse aún más; y era que, durante aquellos días, acabó por simpatizar con aquel testarudo comprador, que, aparte de esto, le había parecido un hombre de buen fondo. Un momento se estrecharon las manos. El inglés sólo había tenido palabras tiernas y solicitud para con su amiga. Todos los vecinos de la casa lo apreciaban sinceramente por la bondad que se dejaba traslucir bajo su grave continente. Los *chavalillos*, los hermanos de la gitana, le tenían que agradecer miles de obsequios, que encubrían sentimientos caritativos.

—¿No gorverá usted má?—le preguntó Carmela, abriendo en una mirada honda sus hermosos ojos agarenos...

—No volveré más—contestó simplemente Mr. William. Ella insistió con amables razones. Podía hacerles una visita de vez en cuando. El que hubiera concluído su pintura nada significaba. Todos en la casa tendrían sumo gusto...

—No volveré más—repitió el inglés con tono conmovido.

—¿Y por qué?

—¡Porque te quiero como nunca he querido a ninguna mujer!... ¡Y porque es imposible que tú me quieras!

Quedó suspensa la gitana ante aquella confesión

dicha en un tono ferviente y en un chapurreado castellano, y guardó un silencio profundo. Él la sacó de su mutismo.

—¿Verdad que no debo volver más?

La gitana se puso quizás más seria que él, y contestó como en una sentencia:

—Si esas palabras le han salido del *garloch*, no debe usted gorvé...

* *

Cumplió, en efecto, lo prometido Mr. William, pero comenzó en cambio un asedio indigno de él, de mensajes celestinescos y de promesas locas, ya que la imagen de la bella trianera no se borraba de su mente, haciéndole crueles y eternas las horas. Rogó, suplicó, brindóle una fortuna. Pero todo en vano. Aquella hija de esa raza nómada, despreciada y orgullosa, era una firmísima adicta de las tradiciones de los suyos; y hubiese preferido morir antes que entregarse a un *payo*.

Pero las circunstancias pueden mucho, y es la miseria ese terrible huésped que induce a todas las ruindades y a todos los extremos.

Cierta vez, y cuando, cansado ya Mr. William de su inútil asedio, había retirado su cerco, se presentó la gitana en el hotel donde residía. Llegaba andrajosa, famélica, con los ojos apagados por la desventura.

—Vengo a venderle mis aretes, Mr. William. Vengo a entregarme a usted.

Oyó el inglés aquella brusca rendición con una profunda pena, y de una ojeada comprendió su triste por qué. Y entonces sintió en todo su ser como un profundo aturdimiento, y la voz de la conciencia sonó en su alma, inflexible y recta. No quiso que su afán venciera a su virtud de hombre de corazón, y sin dudar un instante más sacó su cartera y la entregó a la gitana, diciendo:

—Puedes marcharte...

Absorta, ella dudó un momento...

—Pero... ¿entonces...?

—Nada, nada. Que te marches. Esto sólo es un regalo.

Y sin dar tiempo a que tal vez su orgullo la hiciera no aceptar, y temiendo también que aquel rostro peregrino diera al traste con la buena acción de él, abandonó la sala donde se hallaban, y desapareció por unos corredores.

Algunos meses más tarde, y cuando una mañana volvía de pasear por las afueras, el portero le entregó un paquetito.

—¿Qué es esto?

—Me han dicho que lo entregará personalmente a usted. No sé lo que será.

Mister William, apenas en su cuarto, lo abrió aceleradamente, y quedó absorto de emoción y de alegría. Dentro del paquetito estaban los aretes de la gitana.

PARA PASAR EL RATO

Figuraos si tendría mala memoria un zapatero, llamado Pedro Díaz, que olvidó nada menos que el nombre de un acreedor a quien había prestado un duro.

Dábale tanta pena este olvido, que no pudo menos de confiarlo a su mujer, y ella, que se pintaba sola para sacar dinero, le dió un buen consejo, reduciendo a contestar a todos los que le saludasen en la calle, diciendo:

—Mejor me vendría mi duro.

De esta manera, añadía la mujer, cuando saludes a quien nada te deba, pasara adelante sin hacer caso, y cuando tropieces con el verdadero acreedor, no podrá menos de dar sus excusas.

El marido siguió el consejo al pie de la letra, y a tantas personas saludó de este modo, que al fin tropezó con su deudor, que le dijo:

—Hombre, yo te daré el duro sin tantos rodeos.

Pasaban un río un militar y un cura que llevaba del ronzal a su mula, que temblaba de miedo. El militar, por entablar conversación, o acaso por burlarse, dijo:

—Señor cura, ¿por qué tiembla tanto su mula?

—Si tuviese usted, señor militar, contestó el cura sonriendo, una cuerda al cuello, hierro en los pies y un sacerdote a su lado, ¿no temblaría usted mucho más?

* * *

En la mesa se conocen los buenos amigos, decía un grstrónomo sentimental.

—Los que se conocen en la mesa, le contestó un filósofo, son los buenos cocineros; porque los amigos, sobre todo los buenos, no se conocen en parte alguna.

CUENTOS DE "ARMAS Y LETRAS"

EL PERRO DEL REGIMIENTO

por JOSÉ CASTELLÓN

Nadie sabía de donde había llegado. Era un perro de gran tamaño, fuerte y noble. Un día apareció entre la turba de pilluelos que, delante del cabo de gastadores, marchaban con palos y escopetas de madera, ajustando su paso al rítmico caminar del regimiento. Desde entonces, no se separó de los soldados, y con ellos entró aquel día en el cuartel y allí se quedó. No había marchas, paseo militar, maniobras, formación o guardia, que el simpático perro no subrayase con su presencia. Siempre iba delante, delante de todos, como un cornetín de órdenes, avisando con sus ladridos el paso del re-

gimiento. Se acostumbró de tal modo a las cornetas y a los tambores, que llegó a marchar como el más marcial soldado. Iba con la cabeza en alto, mirando aguerrido al público y volviéndose de vez en vez hacia las compañías, ni más ni menos que el propio cabo de gastadores cuando se volvía hacia la escuadra. Tan popular llegó a ser, que muchas personas apenas veían llegar al perro seguido de la tropa, ya sabían qué regimiento era.

Su vida cuartelera se ajustaba en todo a la de los soldados. En cuanto oía tocar «diana», aparecía en el patio del cuartel dispuesto a tomar el café.

Conocía todos los toques de corneta y siempre era el primero en formar en cuanto oía «fajina». Salía de paseo en cuanto tocaban «marcha»; pero nunca faltaba a la hora de «retreta».

Jefes y oficiales le profesaban simpática cordialidad, y los sargentos le enseñaban la instrucción. Sabía ponerse en dos patas, con un palo entre ellas; se hacía el muerto, y a la voz de «media vuelta», giraba exacta y perfectamente.

En resumen. Era ya algo del regimiento mismo y todos le querían profundamente. Los días de la Patrona eran memorables para él. Interventía en los festejos, trabajando en la función de circo que solían organizar. Una vez hasta figuró en la *Orden del día* y otra vez mereció la caricia del Capitán general ¡nada menos!

Pero he aquí lo que sucedió:

Una noche, cuando más tranquilo estaba durmiendo en la cuadra, sintió un ruido que le sobresaltó. Salió cautelosamente al patio y vió asombrado que un soldado saltaba por el muro de fuera a adentro... ¿Qué significaba aquéello? Desde luego le dió en la nariz que no se trataba de nada bien hecho, y comenzó a ladrar desafortadamente. El soldado corrió a lo largo del muro y se ocultó en una de las cuadras. El perro le si-



guió y vió que era uno de los acemileros. Nada más ocurrió aquella noche.

Pero pocas después volvió a repetirse la escena, esta vez agravada, pues el soldado, enfadado, le dió unos cuantos puntapiés. Desde entonces, tuvo un enemigo en el cuartel. El acemilero no desperdiciaba ocasión de maltratarle, siempre, claro es, cuando no le veían los superiores, ni los demás compañeros.

En la oscura inteligencia del perro se agitaba una insólita preocupación que le tenía siempre en acecho. ¿Por qué le pegaba tanto aquel acemilero? ¿Por qué saltaba por las noches por el muro? ¿De qué se trataba? Y desde luego, llegó a la conclusión de que aquello no estaba bien hecho.

Se propuso vigilar cuidadosamente al soldado, y todas las noches dormía cerca de él y rondaba sus pasos. El acemilero repetía la escena varias veces. De lo que se trataba es que aquel soldadito estaba enamorado, y por las noches, sin que lo viera, saltaba el pequeño muro y se dirigía a casa de su novia, en donde pasaba unas cuantas horas. Los ladridos del perro guardián le tenían fastidiado, temía que cualquier día le sorprenderían y le meterían en el calabozo. Y decidió terminar con el perro. No había otro remedio, puesto que no cedía por los palos. Terminar con él, y así, libre de los ladridos, podría seguir arriesgándose en sus escapadas nocturnas.

Y cómo lo pensó lo hizo. Un tarde se llevó con él de paseo al perro, que le siguió confiado. Le condujo a la orilla del río y allí se dispuso a ejecutar su sentencia. Ató al cuello del noble animal una enorme piedra y lo empujó al agua, con el decidido propósito de ahogarlo.

—¡Toma ladridos!

El perro era fuerte y resistió el peso de la piedra, que tiraba de él hacia el fondo. Nadando consiguió acercarse a la orilla. Pero cuando ya las patas del pobre animal tocaban la hierba, el acemilero le recibió con un garrotazo que le volvió a echar al agua. El perro se hundió en el río; pero aun volvió a aparecer, con la cabeza ensangrentada, y volvió a acercarse a la orilla.

El acemilero lanzó una exclamación de cólera y

alzó el palo otra vez sobre aquellos ojos, casi cegados por la sangre, que le miraban sin rencor. Pero al ir a descargar el golpe, resbaló en la hierba humedecida y cayó al agua.

Entonces—¡oh noble fidelidad del perro del regimiento!—el perro, que ya había ganado la orilla, volvió a echarse al agua, y cogiendo al soldado por



la ropa, con los dientes, le sacó del río y le depositó en la hierba. Era el último esfuerzo. El noble perro tenía la cabeza partida y la sangre le manaba copiosamente de la herida.

Cuando el acemilero se levantó del suelo, el perro estaba tendido a su lado, muerto.

Fué aquel hermoso acto como una redención. El soldado no pudo olvidarlo jamás. En su conciencia floreció un sentimiento que le hizo ser un soldado ejemplar. Se renganchó cuando iba a ser licenciado y obtuvo los galones de sargento.

JOSÉ CASTELLÓN



Cuando las Armas generales, rompiendo viejos moldes, entraron de lleno en las nuevas y modernas orientaciones deducidas de importadas enseñanzas, el tecnicismo hizo resaltar radiantes en los Cuerpos, a buen número de Oficiales, para los cuáles, cuanta materia iba legislándose sobre instrucciones, memorias, conferencias..., eran otros tantos motivos de aureola con que rodeaban—defendiéndolas—, las nacientes especialidades teóricas...

El estímulo a los nuevos estudios, forzosamente hacía colocar en plano inferior a ese pequeño resto de la Oficialidad que por sus menores bases o descuidos en conocerlos, no lo habían creído de capital interés: ¡*errónea equivocación* en que vivían algunos!... que de haber contado con este cúmulo de importantes conocimientos, otra suerte les hubiera cabido en aquellas penosas y pasadas campañas donde el valor y otras envidiadas cualidades de nuestras tropas, brillaron con destellos que aún no han podido borrarse.

Ahora, qué desenvoltura en mover tropas... en el plano: qué modo de adivinar fijantes y rasantes: coeficientes de penetración, ángulos y cotangentes... qué enorme afán de escribir y coleccionar voluminosas memorias llenas de fórmulas teóricas, pero demostración plena, de un derroche de energías tan necesarias en conocimientos más útiles.

... De calcular es, los esfuerzos sobrehumanos que tuvieron que hacer al ser destinados a Cuerpo acreditado, un Jefe u Oficial de la antigua escuela para ponerse al nivel científico de sus laboriosos compañeros...

... hasta romper, cuánto andar por las ramas: ¡qué talento en escuchar, *prudentemente*, escuchar siempre, sin exteriorizar extrañezas, que allá adentro sentíanlas con las naturales sorpresas! ¡aquél espejo de puntería que alguien oyó referir por vez primera!...

... el envío al Botiquín del Cuerpo del «curvometro» encontrado al azar en el despacho, que luego, juntamente con otros aparatos manejaba con tanta seguridad en la sala de topografía... aquel Jefe... que al comprender la rutina de lo que parecía superior a sus fuerzas, al observar las cosas tan claras como la luz, su prudente calma en escuchar, escuchar siempre, convirtióse *demasiado pronto* ¡como era de esperar! en fiebre de exigencias que hacían

dedicar a la Oficialidad, la mitad de su vida en ejercicios, y la otra mitad en interminables trabajos de gabinete... ¡del plano al terreno y del terreno al plano!

En ciertas marchas de maniobras por compañías, a cada una de ellas, le fué ordenado el itinerario correspondiente: siguiéndolos, conocido de antemano por el Jefe, podrían ser revistadas por su autoridad en cualquier punto del camino, antes de la reunión de las columnas en el pueblo que en la misma orden se les señalaba.

Enorme disgusto para un Capitán, al notar que por equivocación del Oficial de vanguardia, la unidad de su mando llevaba un camino bien distinto al verdadero.

... pero Teniente Rubiales, ¿qué dirá el Jefe si le dá idea de revistarnos? ¿y si no nos encuentra, con la importancia que ha dado a este ejercicio?...

Pero ¡oh suerte de la compañía!... Allá a lo lejos por el final de la rampa, cerca del molino, apareció al galope, el inesperado Jefe seguido del Ayudante.

«Sin novedad, dícele el Capitán, no repuesto aún de su asombro.

«Muy bien: gracias: les acompañaré un rato: y a la cabeza de la columna, siguió la marcha con ella, haciendo con sus acompañantes conversación general:

Ven ustedes afirmó, como esto de la topografía,—igual que todo,—es pura rutina: no he querido que el ayudante traiga el croquis; yo mismo *bien orientado*, he de seguirlo hasta encontrar a cada compañía: ustedes han sido los primeros, y ya ven con qué facilidad nos hemos hallado: igualmente hallaré a las otras, antes de reunirnos, como previene la orden.

Y al alejarse—tras de breves momentos,—para poner en práctica sus proyectos, llevándose la convicción de sus profundos conocimientos topográficos, dejó en el ánimo de la Oficialidad, no sólo la grata *ventajilla* de la doble equivocación, que haciéndoles coincidir, les había evitado quizás alguna científica providencia, sino también, las esperanzas que no vieron defraudadas, de que iniciadas las revistas con tan *relevantes orientaciones*, en el punto señalado para la reunión, no habían de tener el honor, de ser nuevamente revistados por tan técnica autoridad.

EUGENIO EGEA.

... LAS RECEPCIONES ...
 REGIAS
 ... EN LOS ANTÍPODAS ...

El rey de los maoríes, en Nueva Zelanda, está considerado como uno de los más hospitalarios entre los que gobiernan pueblos salvajes. En sus bodegas, porque se puede ser perfectamente salvaje y gustar de ciertos refinamientos de la civilización, hay siempre un buen repuesto de aguardiente indígena, de licores extranjeros y aun de magnífico champagne, con objeto de obsequiar a los amigos del monarca, ya sean compatriotas o ya gente de fuera cuando S. M. maorí recibe la visita de extraños, pone a su disposición una piragua de ceremonia, tripulada por 200 remeros, a fin de que recorran las diversas islas que componen el grupo, y que, al decir de los viajeros, son sumamente pintorescas.

El monarca es hombre inteligente, y gusta de preguntar a los viajeros noticias sobre los usos y costumbres de sus respectivos países, sin duda con objeto de hacer todo lo contrario; con lo que aquel pueblo feliz puede seguir conservando su carácter propio. En las recepciones de extranjeros obsequia



El rey de los maoríes.



El rey de Samoa.

a éstos el rey con la danza *haka*, bailada por los guerreros más valerosos, y para remate de fiesta les entrega una larga piedra verde llamada *rifaati mahuta*, símbolo, según parece, de la autoridad soberana entre los maoríes. Lo malo de este buen rey es que extrema su hospitalidad hasta el punto de invitarlos a compartir su mesa, naturalmente, en nada parecida a la de un gran hotel parisién. Como que su salvaje majestad gusta sobre todo del tiburón crudo, plato archiselecto entre los maoríes, y que tiene la «ventaja» de despedir un olor repugnantísimo para narices civilizadas. Como recuerdos especiales para los visitantes, guarda el rey anillos y pulseras hechas con huesos de ajusticiados, lo que, sin duda, constituye un delicadísimo *souvenir* de viaje. Al rey de las islas Tongas no puede, en realidad, aplicársele el calificativo de salvaje, porque aunque reina y gobierna sobre un pueblo incivilizado, el hombre procura copiar algo de los países cultos. Por de pronto, viste casi siempre un uniforme del ejército británico, y habla el idioma inglés con bastante corrección. El palacio que habita se encuentra amueblado a la europea, con gusto y elegancia (el viajero Mr. Bainbridge dice que hasta con suntuosidad), y en cuanto a sus comidas, se ajustan a los cánones culinarios vigentes en cualquier cocina aristocrática de Londres. Para explicar esta rareza, hay que admitir que el rey de las islas Tongas ha viajado mucho por Europa.

Al rey de Samoa le falta todavía mucho por civilizar. Afirma el antes citado Bainbridge, que Su Majestad samoana se encuentra en plena barbarie. Lo que no le impide vivir completamente feliz. Es hombre viejo y, por tanto, apegado a las tradicio-

nes. A él que no le vayan con usos y costumbres de los hombres civilizados. Por eso sigue usando el mismo traje sumario que sus antecesores, y un cetro hecho con cerdas de caballo, trenzadas, emblema de su poder sin límites. También «usa» la poligamia, siguiendo la costumbre de Salomón, Su harén consta de algunos centenares de muchachas bastante agraciadas, y que elige el propio soberano entre las hijas de los guerreros más famosos del país.

Pero el rey de Samoa no es un terrible exclusivista en esas cuestiones, como suelen serlo los asiáticos. No bien llega un viajero de distinción a los dominios del referido monarca, es obsequiado con una recepción en el harén. Esta recepción tiene por objeto hacer gustar al extranjero la bebida samoana llamada *kava*, y de paso presentarle las mujeres reales, cuya indumentaria, dicho está, que es tan ligera como la de su amo y señor. Ahora veamos lo que nos cuenta Bainbridge sobre la preparación de la *kava*:

«Varias jóvenes muy bonitas tomaron en sus manos un ancho cuenco de madera y lo colocaron ante el sitio que ocupaba el rey. Acto seguido empezaron a mascar trocitos de raíz de *kava*, que iban echando luego en el recipiente, en tanto que otras muchachas arrojaban agua sobre las mascaduras y las movían con una escobilla de hierbas, hasta obtener una mezcla espumosa, parecida por su aspecto al agua de jabón.

»Entonces el rey introdujo en el cuenco un cacillo hecho con una cáscara de coco, y me la ofreció diciéndome *talofá*; palabra que significa «amistad y amor», o «buena suerte». Por entonces se habían reunido en toruo nuestro buen número de indígenas, quienes a una seña del monarca dieron principio a la *siva-siva*, o danza del país; danza muy curiosa, pues se trata de una especie de *farandole* bailada alrededor de una muchacha virgen, a la que se da el extraño nombre de *toapu*, y que aparece vestida de un modo pintoresco y ornado de flores, trozos de espejo y dientes humanos ensartados a guisa de collares, mas tal cual trozo de osamenta samoano.»

Otro rey salvaje digno de ser mencionado en esta lista exótica, es el de las islas Salomón. Perteneció a la categoría de salvajes risibles, en cuanto



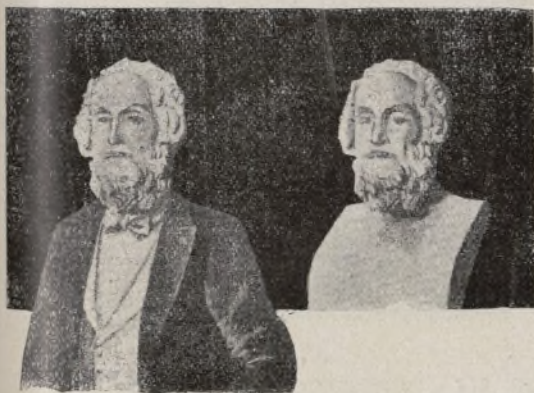
Rora, rey de Salomón.

siendo mucho más bárbaro que sus compañeros del Océano Pacífico, tiene pretensiones de civilizado, que exterioriza en su indumentaria. Viste levita de oficial de la marina británica; una levita grasienta y usadísima que le regalaron hace bastantes años, y que lleva completamente desabrochada sobre el desnudo cuerpo. Los donantes de la vetusta prenda llevaron su galantería al punto de exhornarla con buen número de monedas perforadas y adornadas con cintas de color, haciendo creer el destinatario del obsequio que todo aquello era un muestrario de condecoraciones europeas. El monarca agradeció tanto el regalo, y lo tiene tan en estima, que desde entonces se titula «el rey amigo de los blancos», y no deja nunca de ponérselo para administrar justicia y para acudir a visitar a los extranjeros que llegan a Ugi, donde se halla la residencia real. Completan la vestimenta real un sombrero flexible, viejo, que compró a unos marineros de un barco mercante, y que él tiene no sólo por símbolo de la realeza, sino como depósito de raíz de betel, a la que, como todos sus súbditos, es en extremo aficionado.



LA FISONOMÍA Y EL OFICIO

Cuando Buffón escribió aquello de que «el estilo hace al hombre», hubiera podido decir con el mismo acierto que lo que hace al hombre es la cara. Entre el físico y la profesión u ocupación del individuo adviértese, en efecto, una correspondencia constante. De ella nos damos cuenta inconscientemente todos, como lo prueba el hecho de tener los pintores, caricaturistas, actores, etc., sus patrones o tipos consagrados ya por el uso, de militar bravucón, de sacerdote virtuoso, de rentista, de bandido, de sporman. Pero nada demuestra este hecho, mejor



Homero.

que la comparación de los retratos de hombres de profesión conocida, que nos ha legado la antigüedad, con las fisonomías de sus colegas de hoy. Tómese cualquier busto griego o romano, vístasele con traje moderno correspondiente a la profesión del original, y el tipo resultante nos parecerá familiar y naturalísimo.

Uno de los mejores ejemplos, lo tenemos en el busto de Homero. Actualmente se duda de que semejante personaje haya existido, y son muchos los eruditos que relegan al supuesto autor de la *Odisea* al terreno de la leyenda; pero ponédle al busto en cuestión un traje de sociedad, prendedle en el ojal de la solapa una flor, o mejor aún, el botón de una condecoración, y veréis cómo, sea un verdadero retrato o la simple personificación de la idea que los antiguos tuvieron del poeta, os hace el efecto de uno de esos vates entrados en edad, de dulce mirada, frente soñadora y abundante cabellera, que honran a su país con sus composiciones sublimes, y a

quienes se busca hasta en los palacios para tener el placer de escucharles.

Lo mismo podríamos decir de Doméstencs. El famoso orador tiene una fisonomía que cuadra perfectamente al orador contemporáneo, y sobre todo al forense. No hay más que poner a su busto el birrete y la toga, para que todo el que haya sido aficionado a presenciar causas recuerde haber visto alguna vez en el tribunal aquel entrecejo pronunciado, aquellos ojos hundidos y penetrantes y aquella barba corta y cuidada.

A la mayor parte de las estatuas de grandes héroes antiguos que se conservan, les sentaría a maravilla cualquier uniforme militar más moderno; pero el caso de Julio César es el más notable de todos. Un poco de vida en los apagados ojos, unas melenas y un traje de general francés de la primera república, tienen la virtud de convertir al gran guerrero de la antigüedad, en el César de la Edad Moderna, en Napoleón el Grande. Pero no en el Napoleón arrojado de España, perseguido en Rusia y vencido en Waterloo, sino en el caudillo joven e impetuoso de Arcola y de las Pirámides. Y cosa más curiosa todavía: si al mismo busto se le dan unos ojillos grises y un uniforme de feldmariscal prusiano, nos encontraremos en presencia de Moltke, el guerrero que, a ser ambicioso, hubiera podido convertirse en un César o en un Napoleón germánico.

¿Se quieren más pruebas? Ahí está la conocida historia de la estatua egipcia de un cabo de vara o un capataz de obras públicas, que, al ser descubierta, fué proclamada por los obreros felláhs como el vivo retrato del Sheik-el Beled, el alcalde de un



César.



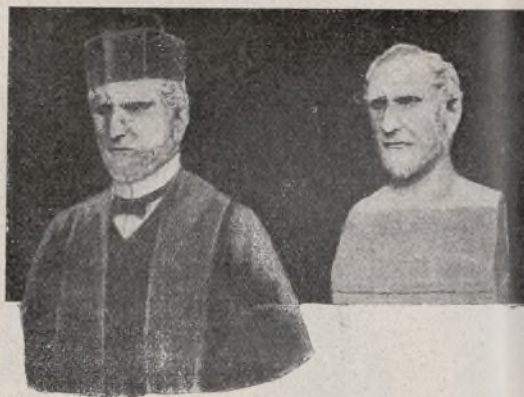
El faraón Ramsés II.

pueblecillo vecino. El principio de autoridad, si quiera fuera en pequeño, por lo visto daba la misma fisonomía en el antiguo que en el moderno Egipto. Los tiempos han cambiado, el tipo no.

Ya que hablamos del país de los faraones, bueno es recordar que la cara de la momia de Ramsés II ha sido comparada a la de Chamberlain, el célebre ex ministro inglés de las colonias. Uno de nuestros grabados prueba lo justo de la comparación. Por lo demás, si bien es verdad que Chamberlain no ha llegado a ser faraón, sus opiniones acerca del dominio en Africa indican que haría un excelente soberano de Egipto.

Porque el parecido no debe buscarse siempre por lo que las personas son, sino por lo que pu-

dieron ser. Difícil, es, por ejemplo, hallar en la historia un emperador cuyo rostro recuerde la innoble fisonomía de Nerón; pero como quiera que éste se enorgullecía más de ser atleta que de ser emperador, entre los atletas es donde hay que buscarle semejantes, y a fe que se encontrarán más de una vez la misma frente estrecha y el mismo cogote de toro. Lo mismo puede decirse del cruel Caracalla; su fisonomía no se repite en las galerías de retratos de los palacios reales, sino en las colecciones de fotografías de los gabinetes antropométricos que hay en todas las grandes cárceles. El busto de Caracalla, con los harapos de cualquier golfo y una faca en las manos, daría el más acabado tipo del facineroso.



Demóstenes.

CASOS Y COSAS

Estando cerca de dar una batalla prendióse fuego a un almacén de pólvora que voló con grande estruendo.

De esto sacaron márgen los tímidos para hacer mil tristes augurios sobre el éxito de una batalla que comenzaba con tales desastres.

Pero Gonzalo, superior a tales preocupaciones, exclamó diciendo:

—Esas llamas que se han desprendido del incendio son las luminarias de nuestra victoria.

* * *

Comprado que hubo un notario a cierto labrador una carga de leña, descargándola en su casa, a la revuelta de ella estaba una azada, y como la viese el notario, dijo:

—Buen hombre, sobre esta carga de leña veo gran pleito.

Respondió el leñador:

—¿De qué suerte?

Dijo el notario:

—De suerte que os he comprado la carga así como estaba, y no podéis quitar el azado.

Respondió el labrador:

—En fin, qué ¿decís que hay pleito?

—Sí, lo hay, dijo el notario, viste que lo hay.

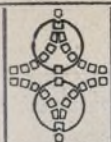
—¿Vayan diez reales que no me la podéis poner a pleito?

—Vayan, dijo el notario.

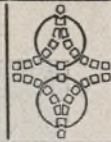
—Y son, dijo el labrador: ¿qué dice vuestra merced?

—Lo que digo es que por cuánto os he comprado la carga, es mía la azada y todo.

—¿Vuestra? respondió el labrador, séalo mucho en hora buena, llévesela. Ya ve cómo no hay pleito y son más las apuestas, y sé más que vos.



Reconstitución de combates en el aire

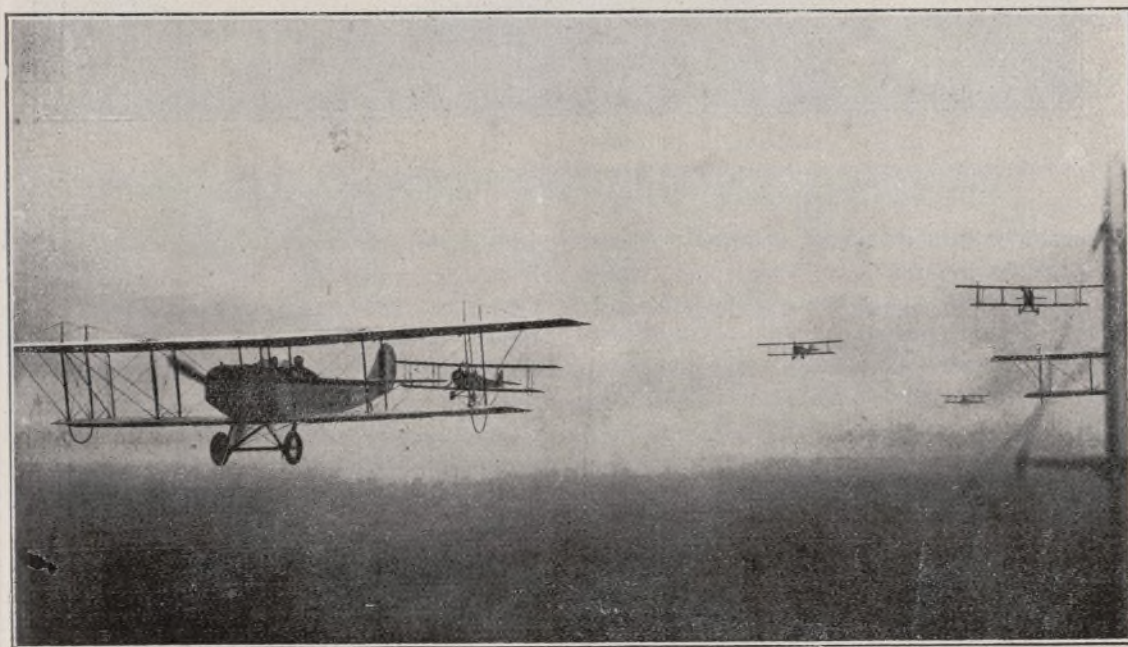


El capitán de la aviación francesa de guerra, Mr. Carlos Nungesser, entendiendo que la afición a las excursiones aéreas pierden muchos prosélitos en Francia, ha ideado dar conferencias públicas y reproducir en ellas algunos de los episodios en que fué actor durante la campaña.

Este bravo oficial, sufrió varias caídas y diez y siete heridas. Está en posesión de la medalla militar, de la cinta de la *Legión de Honor* y ha sido citado treinta veces en la orden, reconociendo-

hay muchos pilotos, los expectadores no se darán cuenta de quienes operan, y si hay pocos, se satisfarán con el programa que admirábamos con frenesí hacia los años 1911 y 1912. En doce años hemos progresado y los organizadores podrán modernizar el espectáculo que presenten.

En espera de que surja la excelente idea de promover concursos de avión, partiendo en línea competitiva de valor, montando aparatos bien estudiados, con motores cuidadosamente puestos en



La escuadrilla de aviones de combate se elevan en el espacio buscando los aparatos enemigos y los puntos que les han sido señalados para su bombardeo.

sele oficialmente cuarenta y cinco victorias aéreas.

He aquí cómo se explica él mismo:

La razón de por qué doy conferencias es muy sencilla. Deseo interesar al público, que desde hace algún tiempo parece desdeñar las manifestaciones aéreas. El éxito de la aviación depende únicamente del entusiasmo de las muchedumbres. Si nunca se hubiera hecho ciclismo y automovilismo deportivos, no se verían los caminos y las poblaciones cruzados por tan numerosos ciclistas y automovilistas.

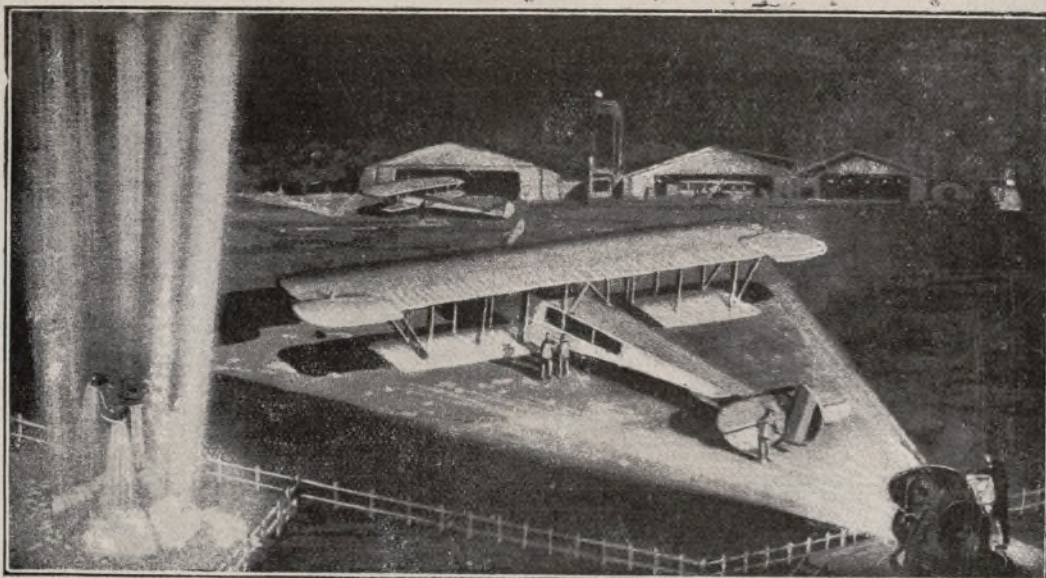
Lo mismo ocurre con la aviación; apasionada a las masas y ellas se aficionarán de nuevo.

Mis conferencias deberán cumplir esa misión. ¿Pero qué ocurrirá según lo que se represente? Si

servicio, es necesario procurar que se interesen las multitudes. No pudiendo yo sólo hacer concursos, se me ha ocurrido la idea de dar conferencias o mítines, presentando una verdadera originalidad.

Digo, sin fanfarronería, que mis reuniones son inimitables, por la razón de que yo he vencido por mí mismo, y mi trabajo me lo hago solo. Con tres colaboradores que representen a mis víctimas, puedo reconstituir mis victorias.

Mis primeros mítines, me han probado que el público comprendía el interés de esta propaganda, pues acudía en muchedumbre. En Dinard, singularmente, se reunieron 20.000 personas, cifra que cito, porque ninguna manifestación deportiva ha pasado de las 5.000.



El aeroplano de hoy no necesita de la luz del día para iniciar sus vuelos. Los aerodromos poseen potentes focos eléctricos que señalan el campo y orientan al aviador para emprender sus viajes.

Gracias a un procedimiento químico muy ingenioso, cuando desarrollo un ataque, una espesa humareda envuelve el avión que he alcanzado, como si se encontrara ardiendo: empieza a descender en zig-zag, luchando contra la caída, dejándose caer, y no enderezándose sino a 200 metros del suelo.

Empleo un aparato de tipo Bole-Nieport de 16 metros, con el cual derribé veintiocho enemigos. Mi motor, un 130 H. P., el que tuve en la guerra. Todo mi material consta de dobles ejemplares, lo que me pone a cubierto de los posibles accidentes. En una empresa de esta naturaleza, si se quiere salir bien, no hay que dejar nada al azar exponiéndose a desagradables contratiempos. Hay que cumplir lo que se ha prometido.

He anunciado que reduciría mi guerra, toda mi guerra. Sería de un efecto detestable, que una *panne* repentina me impidiera operar.

No se trata simplemente de un ensayo de vulgarización aérea. Yo deseo que mis mítines sean útiles y aprovechables a la aviación nacional; por eso destino el 50 por 100 de los beneficios que obtenga al Subsecretariado de la Aeronáutica para los laboratorios aerodinámicos, asegurando que las cuentas se hacen escrupulosamente exactas.

Creo que mi parte será igualmente importante. Acabo de casarme; mi mujer tiene 19 años, deseo que no le falte nada para lo que vuelvo a coger mis alas en público.

Tengo la intención de organizar una gran *tournée* a través del mundo. De todas partes me hacen proposiciones, pero es preciso no conocer la aviación

para imaginarse que se puede uno lanzar a semejante aventura sin una larga y minuciosa preparación. A ello me consagro, es todo lo que puedo decir actualmente. No cometeré la tontería de revelar mis propósitos mientras no esté absolutamente cierto de realizarlos. Es más razonable hablar del pasado que del porvenir.

He ahí porque en mis sesiones reproduzco algunos de mis combates de guerra. Enumeraré aquellos en que he fijado mi elección.

No reconstituyo mi primer éxito porque fué realizado cuando aun era piloto de bombardeo. El 31 de Julio de 1915 vi cinco aviones enemigos que se dirigían sobre Nancy, me elevé para atacarlos; uno de ellos voló hacia Bezaumont para bombardear. Fuí a su encuentro haciendo uso de mi ametralladora cuando estaba a 50 metros de él, consiguiendo romperle el radiador de la izquierda y la canalización del agua, parándose el motor. El adversario era un inmenso Albatros. Maniobró para aterrizar, descendiendo entre las trincheras francesas y alemanas, donde fué capturado. Yo tuve más afán para seguirle cuando supe que la artillería quería apropiarse mi victoria, pretendiendo haber triunfado sin siquiera disparar. Una investigación demostró que era yo el único autor de la captura, lo que me valió que me citaran en la orden del 15 de Agosto.

Esta victoria me valió el traslado de bombardero a cazador. Mi historial de bombardero contenía cincuenta y tres bombardeos de día o de noche y una victoria oficial.

Algunos días después fui enviado a Nancy únicamente para practicar el aprendizaje.

El 26 de Noviembre del mismo año 1915 la orden del grupo llevaba la cita siguiente referente a mí: «Ocho días de arresto simples, apesar de la prohibición repetida dos veces formalmente, ha hecho en el curso de un vuelo excentricidades sobre la llanura de Malgeville». Yo era un reincidente irreductible.

No cumplí mi castigo; pues se produjo un incidente favorable al otro día. Estaba ensayando mi ametralladora a 2.500 metros de altura en los alrededores de Nomeny, cuando de repente veo dos aviones adversarios. Me lancé sobre ellos, huyendo el uno y esperándome el otro más bravo.

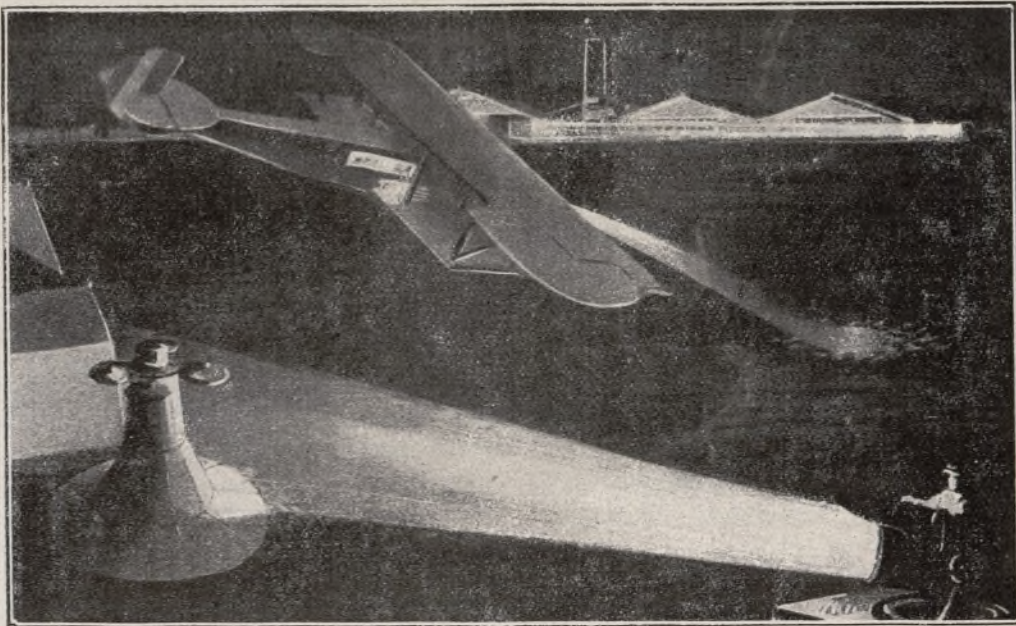
Una caza emocionante.

Abri el fuego a 100 metros de distancia, por detrás no me resultó, no hice blanco, tres o cuatro veces nos cruzamos. Las balas llovían de una parte y de otra. Gasté tres series de 47 balas en balde, ya no me quedaba mas que una y era preciso no malgastarla, en esta época eran pocas las ocasiones en que se encontraban enemigos en las nubes, no era tan frecuente como al final de la guerra. Me juré ser prudente y económico. Suciediera lo que sucediera no había de disparar sin que estuvieramos a 10 metros. Me coloqué paralelamente al adversario

un poco delante y a la misma altura para evitar la respuesta y para hilar el tiro. Juzgando el momento oportuno en una de esas maniobras sobre el ala, que me había valido los ocho días de arresto, me deslicé debajo del avión a unos 50 metros detrás del estabilizador. De esta manera evitaba el riesgo de ser tocado, teniendo el alemán tan próximo, experimenté la tentación de tirar, teniendo que recurrir a toda mi energía para no faltar a mi propósito, con lo que podía haberse salvado mi enemigo. Este supuso sin duda que me había puesto al abrigo porque no tenía municiones y continuó malgastando las suyas, demostrándome que las ametralladoras alemanas disponían de muchos más cartuchos que nuestros pobres Lewés de bandos de 47 proyectiles.

Me aproximé insensiblemente haciendo respingos, poniéndome enseguida a 10 metros del otro. Abandoné entonces mi dirección, me elevé, apunté y comencé a tiros mis 24 últimas balas.

El alemán picó a pleno motor, el piloto había muerto. El aparato caía como una piedra delante de mí, que tuve que hacer una acrobacia para evitar el choque. Voló invertido y yo tuve una visión atroz, espantosa ante mis ojos: El observador, vivo, cabeza abajo, se campaneaba desesperadamente en la torreta de la ametralladora, que acabó por ceder, oscilar, crugir, destacarse y caer al vacío, arrastrando consigo al desdichado que quedaba enganchado en la armadura metálica de la que pendía la ame-



Aunque la noche le sorprenda, el piloto sabe encontrar su campo de aterrizaje merced a las señales luminosas que le marcan con exactitud el lugar donde debe posarse.

tralladora. Ese cuerpo gesticulaba espantosamente como un gimnasta en un trapecio, mientras el avión continuaba su descenso incendiado, yendo a estrellarse al suelo.

En la misma tarde una nota del servicio decía así: «Los ocho días de arresto del ayudante Nungesser son levantados por el comandante de grupo en razón de sus proezas de esta mañana». Y lo que mejor, fui propuesto para la *Legión de Honor* que se me concedió una semana después, el 7 de Diciembre. «Piloto destacado de una escuadrilla actualmente en retaguardia, no ha cesado desde su arribo de buscar ocasión, volando hasta cuatro horas y media diarias, a pesar del rigor de la temperatura. En el curso de su último combate ha dado pruebas de las más bellas cualidades morales, aproximándose hasta 10 metros del aparato que perseguía aguantando su fuego sin responder hasta el último momento. Ha conseguido abatir a su adversario, cuyo aparato se incendió y explotó ante las trincheras francesas».

En mis mítines, reconstituyo este combate que tanto me emocionó por las razones enunciadas: Primer éxito, como cazador, supresión de mi arresto, *Legión de Honor* y por fin la caída alucinante del desgraciado observador.

Pero me ví obligado a interrumpir mis cruceros.

El 29 de Enero de 1916 ensayando un nuevo aparato de caza, tuve una caída terrible; me levantaron con las piernas rotas, la mejilla destrozada, el paladar desfondado, la bóveda craneana aplastada y otra multitud de contusiones. Me dieron por muerto. Dos meses después día por día tornaba a ocupar mi puesto en la batalla de Verdum. Desgarré mi licencia, rechacé la convalecencia y sirviéndome de muletas para andar, me hacía izar a mi aparato.

El 29 de Marzo llegué a mi escuadrilla, el 2 de Abril incendié a un avión, el 3 derribé un L. V. G. y el 4 triunfaba de un bimotor nuevo que caía cerca del estanque de los Hauts-Fourneaux. Los cuatro pasajeros murieron. Los doctores que me curaban me tomaron por loco cuando les notifiqué mis proyectos, dándome cuenta de que mis heridas no me impedían trabajar. En seis días volé veinte horas, libré 12 combates y conseguí tres victorias.

Confieso que no tengo ganas de reproducir este período doloroso de mi existencia en mis reuniones aéreas.

El 25 de Abril atacé a tres enemigos y destruí a uno, al día siguiente tenía el honor de que se me citara por primera vez, después de una verdadera batalla en la que por cierto no había jugado el papel de victoria.

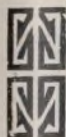
Me había lanzado en medio de una escuadrilla de 6 aviones compuesta de tres Fokker y de tres L. V. G. Uno de ellos iba detrás un poco destacado de los otros; le tiré, hice blanco y cayó ardiendo en las selvas Spincourt. Furiosos los otros en vez de huir se agruparon arcándome y abriendo el fuego. Las ráfagas se sucedían unas a otras; más de mil balas procuraron que corriera la misma suerte que el L. V. G. No podía huir ni aparentar que cedía, porque hubieran dado buena cuenta de mí. ¿Pero, qué hacer? pensé: son cinco decididos y armados hasta los dientes y yo soy solo y con un número insignificante de cartuchos.

Me ocurrió una idea acaso loca o tal vez salvadora: me aproximé a mis agresores colocándome justamente en medio de ellos. Les ametrallé enérgicamente, pero ellos no podían contestarme porque se hubieran matado unos a otros. Finalmente, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, abandonaron la lucha. No hay que decir que no se me ocurrió perseguirlos.

Yo no deseaba mas que poder llegar a nuestra línea. Allí se vió que mi avión había sido alcanzado por 28 balas, 7 de ellas dieron en el motor, no funcionando ya mas que 5 cilindros; los mandos estaban a medio seccionar, una bala me había atravesado la gorra y otra la tenía en una bota y mi traje estaba agujereado en distintas direcciones. No había podido pasar sobre las trincheras mas que a 800 metros, en medio de una nueva lluvia de proyectiles, aterrizando enseguida que pude entrar en nuestro territorio.

Recuerdo sobre todo los combates en que yo no fui víctima. Mostrarán ellos a la juventud, que en la vida no hay que desesperar nunca y que cualesquiera que sean los obstáculos, siempre hay que pensar en que existe medio de vencerlos.

Por ejemplo el 22 de Junio de 1918 atacaba a dos aviones de caza enemigos, bien armados, que me dispararon más de 1.500 cartuchos. Fuí herido y mi aparato estaba hecho una criba. Era preciso vengarse, pero sería difícil en aquellas condiciones y mis adversarios eran verdaderos virtuosos del aire. El combate duraba cerca de una hora a 3.000 metros por encima de las trincheras; a turno pasaban las ventajas de un campo a otro. Por fin a fuerza de maniobrar hallé a ocasión y me lancé sobre uno de los adversarios como si fuera a atravesarlos. Un viraje y una ráfaga puso término al uno y en el acto hice frente al otro, al que le disparé 64 balazos, lanzándolo a tierra, metiéndose en el suelo su motor a gran profundidad. Volví a elevarme y aterricé estrellando mi avión que sólo se tenía por milagro.



DE LOS DOMINIOS DEL AIRE

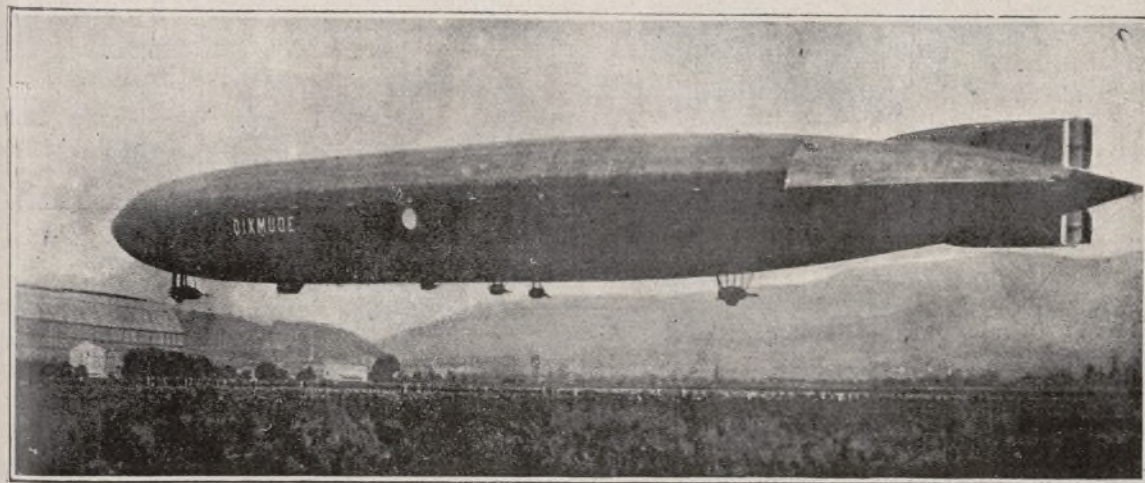


UN "RAID" EN EL "DIXMUDE", ZEPPELÍN FRANCÉS

El 10 de Julio de 1920, conforme a las prescripciones del Tratado de Versalles, Alemania entregaba a Francia uno de sus más bellos zeppelines, el L-72, en construcción en Friedrichshafen. M. Otto Heinen, piloto de la Casa Zeppelin, lo condujo a Francia, al inmenso hangar construido en Tolón, por la vía aérea Friedrichshafen a Maubeuge, de Maubeuge a París y de París a Cues-Pierrefeu, alrededores de Tolón. Las autoridades marítimas bautizaron el dirigible con el nombre de *Dixmude*. Su volumen es de 68.500 metros cúbicos, con diámetro de acción a la altura de 7.000 metros y des-

El gran globo, rígido, inmóvil, es transportado sin dificultad sobre carros colocados paralelamente a lo largo del hangar. Se eleva, una vez fuera, quedando detenido por las cuerdas. Balanceado por la brisa, aparece más viviente y más agestioso. Los equipos de los marineros, agarrados a las cuerdas, le retienen todavía; a un silbido se pone en marcha el primer motor; otro le imita, y por tres portavoces, a una señal dada, sale el «soldado» decisivo.

Los hombres que retenían el dirigible se separan y las seis hélices desgarran el aire al mismo tiem-



El *Dixmude* (antiguo zeppelin alemán L-72) al salir del hangar de Cuers, cerca de Tolón, para hacer un raid de 9.000 kilómetros.

de 13.000 kilómetros máximo de recorrido sin escala, marchando a una velocidad media de 35 nudos.

Desde hacía tres años, pendientes de las barquillas del dirigible, sobre sus seis motores de 250 caballos, cinco oficiales y 25 hombres de dotación hacían experimentos y estudiaban el mecanismo. El 2 de Agosto último, por primera vez salió por encima de Tolón, y días después ejecutó una segunda salida por encima del mar. En fin, confiando en el *Dixmude*, el almirante Fatou quiso probar de nuevo el dirigible, y dando orden de aparejarle se señaló un *raid* de 9.000 kilómetros sin fijar itinerario, solamente la dirección. El 30 de Agosto fué el señalado para la partida.

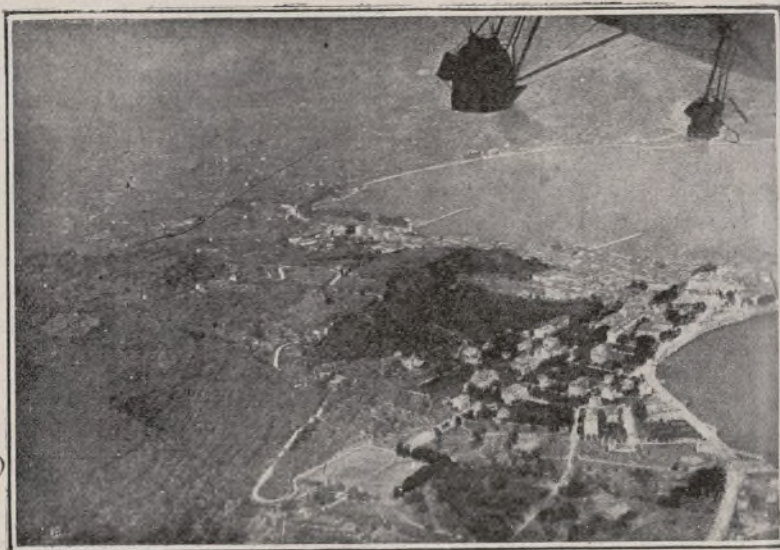
Cuéntase del *raid* verificado lo siguiente:

po. Las casas y los árboles van disminuyendo con la distancia, y no vienen a ser más que como minúsculas manchas negras semejantes a las hormigas. Los altímetros acusan una ascensión de 700 metros. Se ensaya un nuevo sistema de paracaídas y se precipita un maniquí fuera del dirigible. El descenso es vertiginoso durante los 150 primeros metros; enseguida la sombrilla del paracaídas se abre bruscamente y el maniquí acaba su carrera descendiendo suavemente hasta el suelo. Se hace de noche. La rada de Tolón, en la que está anclada la escuadra, se dibuja admirablemente con todas sus luces encendidas. La rada, así iluminada, parece una caja de joyas y de resplandecientes perlas. Pronto se gana el mar; los faros van poco a poco extinguiéndose. El de Planier, que es distinguido

por los navíos a más de 70 millas persigue al dirigible durante treinta y seis horas.

El *Dixmude* alcanza ya Barcelona. Se desencadena una tempestad y un rayo brilla en la atmósfera; los aparatos de la telegrafía sin hilos quedan rotos. Con una sangre fría y una presencia de espíritu admirables, los oficiales aeronautas luchan contra los elementos; se detiene un motor; más tarde tres de ellos. Nadie defallece por ello. Los mecánicos, suspendidos en el vacío hacen las reparaciones necesarias. Los oficiales regulan el equilibrio; se desplazan diez hombres a lo largo del fuselaje y el *Dixmude* está salvado; al alba se encuentra por encima de las islas Baleares. Dirigiéndose hacia Orán, un motor experimenta nuevas dificultades; pierde la grasa en cantidad tal que nuestro pasaje queda trazado en el mar con una curiosa estela oleaginosa. El viento en furia retiene nuestra marcha y nos contraría. Llegados a Argel, la Villa Blanca, extendida bajo nuestros pies, hace una inolvidable visión. Los argelinos nos contemplan fijos desde las terrazas; se detienen los carruajes y todas las miradas convergen en el *Dixmude*.

El dirigible vuela por encima de toda la costa africana, con menos aprensión que la vispera nos



La rada y villa de Ajaccio, vistas desde el dirigible; en lo alto se aprecian dos de las barquillas con motores.

preparamos a pasar una segunda noche a bordo. El globo se comporta admirablemente; los motores están en acción, la dotación es feliz y los oficiales se regocijan.

Por fin llega el *Dixmude* a las costas de la Sardinia, y hacia la tarde alcanza la altura de Ajaccio, nuestra última etapa.

El dirigible había alcanzado en menos de sesenta horas un recorrido de 9.000 kilómetros sin escala alguna, batiendo el *record* francés del vuelo sin escatas.

Los periódicos judaico-españoles

Desde cien años a esta parte se han publicado fuera de España unos treinta periódicos judaico españoles, de ellos veinticinco en Oriente, desde Viena a Smirna.

Su distribución es la siguiente: uno en Belgrado, otro en Turnu-Severín (Rumania), dos en Andrinópolis, dos en Salónica, tres en Smirna, seis en Viena y diez en Constantinopla.

De estas publicaciones hay tres o cuatro que son revistas literarias o científicas.

Se publican en Viena: *Ilustra Guerta de Historia*, *El Nacional*, *El Drogaman*, *El Correo de Viena*, *La Política*, y el periódico humorístico *Risi Bisi*.

Ven la luz en Constantinopla: *El Tiempo*, *El Telégrafo*, *El Sol* (revista científica y literaria redactada por David Tresco), *El Progreso*, *El Nacional de Gálata*, *El Instructor* y *el Radio de Luz*, revistas científicas y literarias, redactada la última por Víctor Levi; *La Luz de Israel*, *El Lucero* y *El Israelita*.

Se publican en Smirna: *La Buena Esperanza*, *Puerta del Oriente* *La Verdad*.

Salen en Andrinópolis: *Carmi*, periódico hebreo con traducción judaico-española, que se imprime en Presburgo, y *El Progreso*.

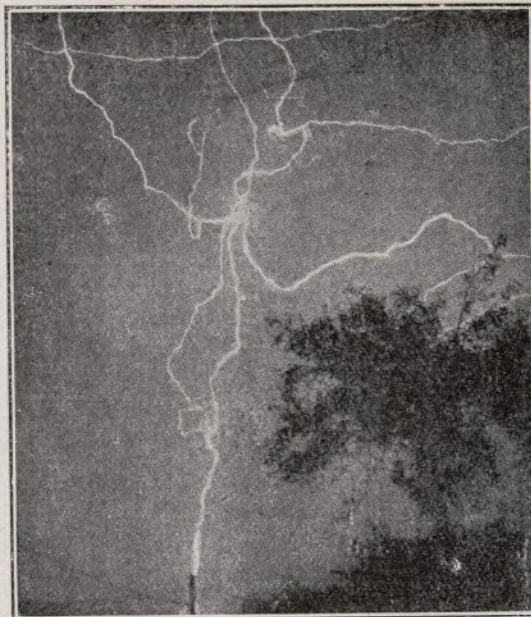
En Salónica se publican *La Epoca* y *el Lunar*, y en Turnu-Severín *Lucero de la Paciencia*.

Desde tiempo inmemorial ha sido costumbre de los artistas pintar a los rayos en forma de zigzag. Un haz de rayos de esa forma sirve de distintivo a Júpiter; otro de igual clase es el emblema del telégrafo.

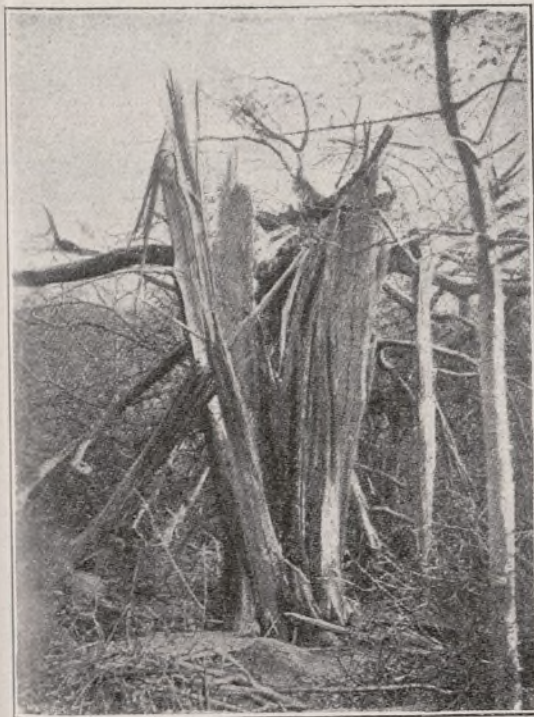
Y sin embargo, no hay rayos ni chispas eléctricas en zigzag. Ni una sola vez aparecen así en los miles de fotografías hechas por los aficionados y por los hombres de ciencia. Fuerza es reconocer, por lo tanto, que los artistas están en error y que la naturaleza no produce con la electricidad líneas de ese género.

El gran pintor inglés Turner, cuyas acuarelas y cuyos cuadros se pagan hoy a precios fabulosos, fué el primero que pintó el rayo tal cual es, y su compatriota, el inventor Nasmyth, en un estudio que leyó ante la Asociación Británica, en 1856, y que llamó poderosísimamente la atención, confirmó científicamente la verdad del relámpago pintado por Turner.

La cuestión de las impresiones producidas por el rayo, viene siendo discutida por los sabios desde hace muchos años. Planteola el profesor An-



Rayo cayendo en un poste del telégrafo.



Roble destrozado por una exhalación.

drés Poey, de la Habana, el cual en un folleto publicado en 1861, citaba muchos casos de haber impreso el rayo la imagen de los objetos más diversos sobre la piel humana.

Citábase, entre otros, el caso de un marinero, que estando remendando una camisa fué herido por el rayo, y al desdudar su cadáver se le encontró en las espaldas la imagen de una herradura, representación exacta de una que había clavada en el palo del barco. A otro marinero muerto de igual manera se le encontró impreso en el pecho el nombre del buque. Las imágenes de árboles, pájaros, vacas, cruces y otros objetos han sido estampados de igual modo por el rayo en la piel de personas en otros cuerpos. La ocurrencia más notable de este género es la publicada por los periódicos ingleses de la época, relatando que al desollar a seis ovejas matadas por un rayo, cerca de Bath, se encontró impresa sobre la cara interna de cada una de las pieles una reproducción del paisaje vecino, semejante a un dibujo de exactitud perfecta.

De ninguno de estos casos existe fotografía. En realidad la única fotografía que se ha publicado, de impresión producida por el rayo sobre la piel, es la que representa el brazo de un muchacho que

en Junio de 1883 fué herido por un rayo y arrojado al otro lado de la carretera por la fuerza de la descarga; al auxiliarle se le vió sobre la carne «la impresión de las ramitas de un árbol que había cerca». Pero la verdad, que el bonito dibujo trazado sobre la piel del chico puede también ser debido a las ramificaciones del flúido eléctrico.

Los efectos producidos por el rayo en la ropa y sobre todo en el calzado, suelen parecerse mucho a los de una explosión; diríase que dentro de los pantalones o de las botas ha estallado un cartucho.

Es difícil explicar a completa satisfacción este fenómeno. Créese que el flúido eléctrico, al recorrer la superficie húmeda de la piel, convierte la humedad en vapor y lo hace con tanta velocidad que se genera una gran fuerza expansiva que es la que destroza de esa manera la ropa y el calzado. Parece confirmar esta teoría el hecho de que la ropa de las mujeres queda muy rara vez tan destrozada como la de los hombres, y es que ellas llevan la ropa más suelta, mientras que nosotros por llevarla más ceñida y por nuestra mayor tendencia a sudar, ofrecemos al vapor una oportunidad excelente para que se forme en cantidad y produzca una explosión.

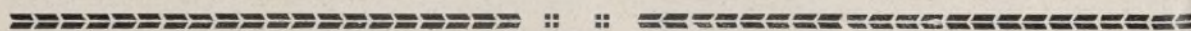
Nuestra ilustración representa los destrozos producidos por un solo rayo en un árbol corpulento. Se trata de un roble, que durante una tormenta recibió una chispa, en Abril de 1895. A veces sucede que el rayo al caer sobre un árbol lo deja incólume o sólo le quita un poco de corteza; pero cuando se trata de robles y de álamos, a los cuales

muestra el rayo una predilección muy señalada, los destrozos suelen ser enormes. Afirma un adagio vulgar y común a varios países, que el rayo no cae dos veces en el mismo sitio; eso es falso, pues ocurre, que, por el contrario, hay árboles que parecen atraer de una manera especial a las chispas y que después de heridos por una, vuelve a caer otra sobre ellos. No hay que fiarse, por lo tanto, de los árboles sobre los cuales ha caído una exhalación. Estas gustan más de los castaños, de los álamos, de los robles y de los pinos que de las hayas y de los demás árboles, y la extensión del ramaje y la profundidad de las raíces determinan mucho la mayor o menor facilidad para atraer la electricidad. Acerca de por qué el rayo destroza tanto a algunos árboles, la idea más general es que la chispa convierte instantáneamente en vapor la savia y la convierte en explosivo de terrible fuerza expansiva. Es incalculable el calor que genera la electricidad al ponerse en contacto con un cuerpo no conductor.

Las exhalaciones no hieren nunca, o casi nunca, a los árboles muertos.

En los edificios, donde no hay humedad que convertida en vapor haga las veces de explosivo, el rayo sigue caminos extraños, partiendo los sillares en vez de seguir sus junturas, rajando de arriba las torres más altas, o desmoronando muros.

No menos curiosos son los efectos que produce en el cristal. Hay en los museos ejemplares de vasos heridos por el rayo y a los cuales éste se limitó a cortarles un anillo de la parte superior.



PARA PASAR EL RATO

Siendo gobernador de Milán el duque de Feria, notó que siempre que hacía centinela un soldado en la puerta de su palacio, se paseaba repitiendo con frecuencia:

—Ellos vendrán:

Tuvo el de Feria curiosidad de descifrar este enigma, y mandó a un ayudante que le relevase aquel soldado y se lo llevasen a su presencia.

—Decid, ¿qué manía teneis, que tanto repetís: Ellos vendrán, ellos vendrán?

—Señor, son tonterías con que uno entretiene las horas de guardia.

—Voto a mi nombre que habeis de decirme la verdad.

—Si os empeñais... digo, señor, que los que vendrán precisamente son tres: el cabo de escuadra a relevarme; el calor que me quite el frio que tengo,

y... en cuanto al tercero, no me atrevo a decirlo...

—Yo os autorizo, decidlo.

—El tercero es otro capitán general que nos pague mejor que vos.

Se ha descubierto un sistema para cazar leones: Tomarás la tapadera de una tinaja y la embrazarás a guisa de rodela. Armarás la diestra de un martillo de herrador. Irás al desierto, buscarás al león y le dirás:

—¡Tú león!

Al caer sobre ti el bicho, le presentarás la rodela, en la cual quedará clavado de uñas.

Entonces remachas las garras por el revés de la tapadera, y con peana y todo, como si lo acabaras de comprar en una tienda, le llevas a tu casa y le colocas en un velador.

CÓMO SE REPRODUCE UNA BATALLA HISTÓRICA

Dentro de pocos días será exhibida al público una magnífica película titulada «Cirano de Bergerá». El cinema no habrá tenido la pretensión de interpretar fielmente la asombrosa fantasía poética de Edmundo Rostand, pero tiene y aprovecha otros medios de expresión, tales como la reproducción de la batalla de Arras, que sobrepasará, en la pan-

abunda en detalles curiosos y pintorescos que merecen ser conocidos.

El primer período fué el de las investigaciones que pueden llamarse científicas. No se ha querido dejar nada a la imaginación, ni a la casualidad, sino que se han esforzado, los dedicados a ello, en reproducir escrupulosamente la táctica, las costum-



He aquí una curiosa fotografía de la reproducción de la carga de la caballería española en la batalla de Arras.

talla, las mejores y suntuosas *mises en scene* del teatro. Una sola cifra es suficiente para medir la importancia de esta realización: el número de los figurantes se ha elevado a diez mil...

El reclutamiento, la educación especial, la enseñanza de todo este verdadero ejército, han sido problemas bastante inéditos. Esta batalla cinematográfica, ha necesitado, en algunas cosas, de la estrategia. Ella ha tenido su general en jefe, en la persona del director de escena, el italiano Augusto Genina. La historia de su preparación y de su ejecución

bres, las armas y hasta las actitudes de los soldados de la época. Se ha consultado en el Gabinete de Estampas de Roma, cuantos grabados tuvieran relación con este asunto; se ha tratado de reproducir, lo más exactamente posible y por analogías, el sitio de Arras. En las costumbres, han suministrado datos muy valiosos *La historia de las costumbres*, de Racinet, la obra de Abraham Bosse, y sobre todo la de Jacques Callot. Algunas obras de arte militar aportaron el complemento para las armas y la fortificación. Los proyectos y bosquejos fueron hechos



El asalto dado delante de Arras por el ejército francés aparece con un palpante verismo hasta el punto de verse al fondo los campamentos con sus tiendas de campaña.

por el pintor Inocente y nueve grandes talleres de sastrería, trabajaron durante muchos meses, para confeccionar, en cuatro tallas, el equipo completo de los piqueros, de los alabarderos, mosqueteros, granaderos y soldados de a caballo.

Se trató enseguida de la elección del terreno. No preocupó escogerle fuera del emplazamiento real de la batalla de Arras, puesto que hoy en día no tiene ninguna semejanza con el del siglo XVII. Se buscó, pues, en el campo próximo a Roma, una llanura que diera la sensación de los horizontes franceses. Mas de cincuenta emplazamientos fueron examinados, escogiéndose, al fin, un largo valle situado cerca de la Escuela militar de *Tor di Quinto*, en las grandes afueras del norte de Roma.

Con la colaboración de oficiales de Estado Mayor, el terreno fué preparado según las reglas de la guerra de sitio. El establecimiento de trincheras, parapetos, escarpas y contraescarpas, necesitó el trabajo de doscientos terrapleneros, que trabajaron durante una semana. La distancia entre el punto de partida de las tropas españolas y la trinchera a atacar, era de unos quinientos metros; la extensión del campo francés de doscientos metros y la longitud

de las trincheras, de cerca de un kilómetro. En aquella época, se hacían los ataques en formación cerrada: en el centro del cuadrado de cada batallón, los piqueros o los alabarderos, en los cuatros ángulos los estandartes y en la periferia, los mosqueteros.

La infantería estaba precedida de cañones y de una cortina de hombres portadores de escalas, tablas, faginas, destinados al escalamiento, mientras que otros rodaban parapetos móviles, en los cuales se colocaban hombres de reserva, destinados a cubrir los huecos causados por el fuego enemigo.

Los combatientes habían sido escogidos entre los veteranos de la gran guerra—oficiales, suboficiales, soldados—habituados a la maniobra. Se les había dividido en dos grupos: dos mil de entre ellos, representaron a los franceses asaltados y ocho mil restantes, los españoles. Se aprovechó la buena estación para preparar un inmenso campamento al aire libre, donde la mitad, a lo menos, de los actores vivieron durante algunas semanas que duró el trabajo. Los días en que era necesario tener el completo de la tropa, trenes especiales llevaban los restantes actores desde Roma. El abastecimiento de este ejército improvisado, exigió una organización

exactamente calcada en los servicios de intendencia, en tiempos de guerra. Un gran centro de aprovisionamiento recibía los víveres de Roma por vagones enteros. La distribución se hacía enseguida entre los batallones, que procedían por sí mismo al reparto entre las diferentes secciones. Las cocinas de campaña habían sido arregladas en el terreno y cada grupo de actores tenía su rancho. Los suboficiales y oficiales, poseían, igualmente, sus mesadas. La higiene había sido también objeto de atentos cuidados. Un departamento especial de Económico estaba ocupado por instalaciones de vestuario y duchas.

Una estricta disciplina reinaba en el campo, con revistas, ejercicios, llamadas, etc. Diariamente se daban instrucciones, como en las grandes maniobras, por los Jefes de Sección y por los Jefes de Batallón.

Los hombres, habiendo sido repartidos por grupos, en lo posible, de los mismos pueblos o de los mismos barrios de Roma, de Nápoles; se comenzó por someterles a dos días de ejercicio individual, a fin de adiestrarles y asegurar su cohesión. Todos estos actores y figurantes, estaban, por otra parte, bien pagados, pero con la condición de aceptar las condiciones militares, tal como la de ponerse a la orden delante de sus oficiales en actitud de cuadrarse y saludar.

Después de unos quince días de preparaciones minuciosas, de evoluciones sobre el terreno, ensayando y repitiendo todas las fases del ataque proyectado, la ejecución tuvo lugar con extraordinario éxito. Ella necesitó de una semana entera y la acompañó un sol radiante. Sin embargo, se utilizaron también proyectores, cedidos por el Ministerio de Marina, a fin de penetrar la opacidad de las nubes grises que se producían mediante un dispositivo especial, por hombres en marcha, para figurar la humareda de la mosquetería y del cañoneo.

La señal de ataque, una vez las tropas en sus sitios y emplazamientos, fué un cañonazo. Los españoles salieron de sus trincheras en cuatro batallones, siguieron detrás la caballería y los convoyes, los que con rapidez hicieron el asalto al campamento francés. El número de operadores fué el de quince, bajo la dirección del operador principal de Matteis. Estaban colocados en los flancos de ataque y en el interior de las trincheras francesas. Además, cuatro de ellos vestidos de piqueros, se encontraban colocados, con un aparato portátil, en el centro de cada uno de los cuadros españoles, a fin de «filmar» las escenas de primera línea. En fin, sobre uno de los lados se desplazaba un camión de triple plataforma, donde dos operadores, dispo-

niendo de varios aparatos a diferente altura, podían tomar vistas de conjunto.

El director de escena estaba situado con su estado mayor en una altura vecina o en la plataforma de un automóvil. El puesto del comandante estaba unido a los de los operadores por un teléfono de campaña. Un sistema de señales ópticas permitía al jefe de maniobras poner en relación a los jefes de batallón, de detener o ratificar un movimiento, o de ordenar la repetición entera de un episodio.

Para obtener un efecto más vistoso, los cuatro batallones avanzaron, escalonándose sobre un frente ancho, lo que permitía puntos de vista en masas profundas, a medida que se iban acercando a los aparatos colocados en los lados. Al aproximarse a las trincheras francesas, la caballería española se puso a maniobrar alrededor de los cuadros en movimiento, descargando sus mosquetones y pistoles por encima de la cabeza de los primeros elementos de asalto, (granaderos, portadores de escalas, etc.) Pero el momento más patético fué cuando los adversarios se mezclaron en revuelta general. Para estimular su ardor fué prometida una prima



Para la reconstitución de esta batalla se han estudiado diferentes documentos históricos, entre ellos la adjunta estampa, que ha servido de base para establecer los campamentos.

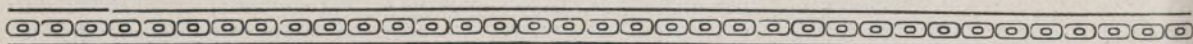
de mil liras al primero que se apoderara de una bandera enemiga y lo mismo al porta estandarte que supiera conservar la suya hasta el fin del ataque.

Se concibe que en estas condiciones, esta pequeña lucha, fuese bastante movida. Pseudo-españoles y pseudo-franceses se animaron de tal modo, que acabaron por batirse muy de veras. Un puesto de socorro, con dos médicos y dos enfermeros, colocado provisionalmente, fué utilizado por los figurantes, que en número de más de cuarenta habían salido heridos de la refriega; como el puesto fué insuficiente hubo necesidad de transportarlos a Roma en automóviles. Uno de ellos sufrió quemaduras graves al reventar un cañón, y el escobillón, proyectado con gran fuerza hirió a otros

dos que se encontraban a una decena de metros

Los espectadores que, en aquellos días, vieron desarrollar ante sus ojos los episodios de esta batalla de Arras, podrían comprender la serie de esfuerzos, de tiempo y de dinero que ha necesitado esta realización cinematográfica.

He aquí un detalle significativo: fueron impresionados en la llanura *Tor di Quinto* más de 4.000 metros de película, pero una vez hecha la selección se conservaron solo 250 metros para la *film* definitiva. Para unos minutos que dura la proyección ha sido constituido todo un ejército. No parece que se haya reproducido en la pantalla una reconstitución de una batalla tan rigurosa como la representación de este combate de Arras.



MUERTE DEL JALIFA DE LA ZONA ESPAÑOLA

Acaba de fallecer el jalifa de la zona española de protectorado en Marruecos Muley Mohamed el Mehedí. Su muerte constituye una sensible pérdida, pues además de las dotes que tenía para el desempeño de su cometido, gozaba de gran predicamento entre los moros, y su presencia en nuestra zona, al lado de la política protectora de España, constituía, ciertamente, una sólida garantía de eficacia.

Para ocupar el cargo que regía fué nombrado en Mayo de 1913, haciendo su entrada en Tetuán acompañado del general Arraiz de Conderena y del Sr. Rodríguez de Figuri. El general Alfau, Alto Comisario en aquella época le recibió y posesionó de su cargo.

La vida de Mohamed el Mehedí ben Ismael, gobernando en nombre de Alah la parte septentrional de Marruecos y asistido por las autoridades españolas, tiene un aroma de leyenda. Se diría que evocaba esta figura aquella otra del Gran Visir de «Las mil y una noches».

Su palacio constituía su horizonte. Apenas salía de él. Su mejor refugio lo hallaba en el harén. Las sedosas cabbelleras negras de sus esclavas, brillantes por las mixturas aceitosas, le encadenaban como sierpes inexorables. ¿Qué otro panorama podía aspirar? Para su alma mora, en la que vivía el rescoldo de las antiguas pasiones de su raza, nada le proporcionaba mayor deleite. Así como en la pandereta rusa parece dormir todo el dolor angustioso de

la estepa, pronto a despertar en notas de evocación al repicar en ella los dedos, así también en el corazón del jalifa muerto permanecían las lejanas cenizas del pasado. Filósofo y poeta por temperamento, gustaba de permanecer detrás de los muros de su palacio escuchando música, leyendo o pensando...



Muley el Mehedí, Jalifa de la zona española de Marruecos, ferviente amigo de España, fallecido en su palacio de Tetuán.

PÁGINAS MAESTRAS ::

UN DIVORCIO

:: por JOAQUIN DICENTA

Hacia un mes de su matrimonio... ¡Cuánto se quisieron de novios!... ¡Qué deliciosa pareja formaban después de casados!... ¡Cómo se paraba la gente en la calle cuando salían juntos, para señalarlos, ensalzando en él los prestigios de un hombre conocido en el mundo del arte y en ella la hermosura, la inocente coquetería de los ademanes, el zulo resplandor de sus ojos, velados por largas pestañas; el suave cimbreo de su cuerpo y la deliciosa armonía de su conjunto, donde se confundían, en crepúsculo encantador, la virgen que ha dejado de serlo y la esposa que lo empieza a ser!

Él inspiraba simpatía con su aspecto de luchador, su perfil atrevido, sus ojos tenaces, dirigidos hacia delante como una sonda que penetrase para medirlos y vencerlos, los abismos del porvenir; su frente, bruñida por el continuo ir y venir de los pensamientos; su bigote, erizado sobre unos labios voluntariosos; su barba firme y su cuello de atleta. Ágil, nervioso, trajeado con indiferente desaliño que llegaba al descuido, sin tocar en la dejadez, y le prestaba una elegancia personal que no era deudora de vasallaje a los figurines de sastrería, era un hombre del que ella podía mostrarse orgullosa. Y ella... A ella daba gozo mirarla, tan peripuesta, tan bonita, tan satisfecha de su casorio; agarrándose muy fuerte al brazo de él, como si quisiera decir a todos que era suyo, nada más que suyo aquel pintor famoso, y marchando a su lado con los párpados medio caídos y la boca entreabierta, como si aun sintiera, agitada su sangre por el primer beso de amor, ese beso a cuyo contacto la mujer adelantaba los labios y cierra los ojos, porque a la vez tiene codicia de recibirlo y vergüenza de verlo. Esbelta, delicada, respirando su felicidad y moviendo a compás sus piecitos, holgadamente prisioneros por una bota de tafete, era, vista en la calle, si su alma respondía a la estructura de su carne, la más hechicera imagen donde pudo encarnarse un porvenir.

—¡Qué buena pareja hacen!—exclamaban todos al verlos.—Han nacido el uno para el otro.—Y no



era cosa de dudarle, puesto que ellos lo creían también. Se casaron como dos locos; seducido él por su belleza, por la bondad de su carácter, por la modestia de sus aspiraciones, porque no dudaba de que fueran tales signos exteriores anuncio de un futuro dichoso, donde las almas se compenetrasen al primer choque, como los cuerpos se habían compenetrado al primer abrazo. Así se casó él; como ella lo hizo sugestionada por el grajeo de sus palabras, por la fantasía de su imaginación, por el afán de poseer a un hombre de quien todos se deshacían en elogios y calurosas alabanzas ¡Y se entenderían perfectamente!... ¡Vaya!... ¿No se habían entendido hasta entonces?—¿Me quieres?—Sí.—Tú eres mi dicha.—Tú la mía.—¿Verdad que sientes como yo?—Como tú y contigo.—¿Verdad que eres mía, completamente mía?—Nada más que tuya. Nunca discreparon en esto, desde que empezaron a conocerse hasta que el cura les echó su bendición, buscando la del cielo con sus pupilas de anciano creyente, mientras ellos buscaban el cielo en el fondo de sus ojos, húmedos de ventura, y los convidados les auguraban dichas sin fin, y los padres sonreían de satisfacción o lloraban de enterrecimiento.

Verdad es que después de los quince primeros días, durante los cuales vivieron como viven los pájaros en primavera, embelleciendo el nido con sus trinos, con sus caricias y con sus locuras, que parecen locuras de ángeles, porque abren las alas y se perpetran cerca del cielo, notó ella que un artista es un ser muy raro, distinto de los otros;

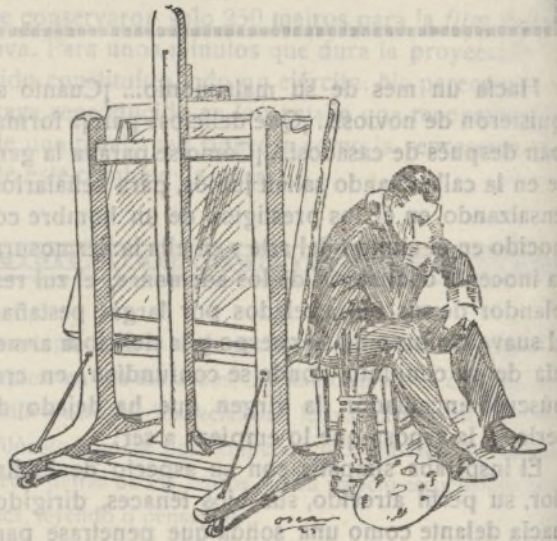
que no eran todo esplendores en su presente, ni goces en su vida de recién casada; que más abundaba en tarros de pintura el estudio de su marido, que en billetes del Banco los cajones de la mesa de su despacho; que el dinero podía faltar de un momento a otro, y que él no trabajaba mucho por adquirirlo, porque no era seguramente trabajar aquello de pasarse las horas muertas tumbado boca arriba sobre una *chaise-longue*, arrojando humo por las narices y por la boca, sin hablar palabra y con los ojos fijos, inmóviles, sin darse cuenta de los objetos exteriores, como si mirasen hacia dentro y hubieran cegado por fuera... Pero aquello no tenía importancia... Al mes de matrimonio no podía exigirle que entrase en la normalidad de la vida; natural era que sólo pensase en adorarla; natural que se entregara a descansos forzosos; que el trabajo le repugnara... Más adelante sería otra cosa; no iba a faltarle nada... ni lujo, ni distracciones, ni placeres... Un artista de tanto renombre está libre de miserias, de privaciones y de ayunos. ¡Pues no faltaba más!... Estaba segura de no engañarse.

Esto es lo que notaba ella en su marido; y él... palabra de honor que no había notado nada en ella, sino que era muy *mona* y que sería la impresión viviente de la novela soñada por él en su juventud... Claro que su educación burguesa y un si es no es rutinaria, la obligaba a no comprender ciertas cosas... pero era demasiado pronto; en el fondo del espíritu de su mujer había todo lo que él necesitaba. Hallábase cierto de encontrarlo el día que necesitaba pedirlo... Las contrariedades minúsculas que experimentó cuando él, bien contra su voluntad, no pudo satisfacer alguno de sus inocentes deseos; el desasosiego que manifestara cuando la dijo un día que les era preciso moderar sus gastos; algún que otro bostezo escapado a su boca mientras él se daba a pensar horas y horas en su cuadro futuro, pasaron como nieblas del amanecer en mañana de Julio; una caricia se convertía en rayo de sol para disparlas. Ella le entendía ¡claro que sí! Era su otro *yo*; el ángulo complementario de su vida... ¡Tan seguro se encontraba de ello como del cariño de mujer!...

Y sin otras preocupaciones que aquéllas; felices como nadie, y como nadie seguro de entenderse siempre, estaban un día en el estudio, él sentado en una silla de tijera, con la paleta en una mano, el pincel en la otra y el lienzo delante; ella con el ovillo sobre la falda, la aguja entre los dedos y la labor sujeta a la rodilla por un alfiler; él pensaba en su próximo triunfo; ella en una cuenta que no se había podido pagar; y mientras él se desabrochaba la blusa del trabajo como si no quisiera verse

oprimido por ningún obstáculo en la concepción trabajosa de su obra, ella se arreglaba coquetonamente los encajes del *matiné*, para que su marido la encontrase muy guapa.

Hubo unos momentos de silencio, sólo turbado por el roce del pincel sobre el lienzo, y por el entrar y salir de la aguja, en los dobleces de la costura... De pronto él se volvió; tenía el espíritu caldeado por la inspiración; su cuadro, apenas abocetado so-



bre la tela, surgía entero y lleno de grandeza en el interior de su cráneo; sentíase vencedor antes de triunfar; la fiebre de la lucha extendiéndose por su semblante le comunicaba una seguridad sublime, y la conciencia de su genio subía a sus labios, ansiosa de caer en oídos que ni se cerraran a impulsos de la envidia, ni se quedarán sordos en un espasmo de diferencia... ¿Quién mejor, para ser depositaria de sus esperanzas, que la hermosa criatura que tenía en frente; aquélla en quien había vinculado su porvenir?... A ella se volvió, y cogiendo entre las suyas sus manos, clavando en sus ojos azules los suyos relampagueantes de fiebre, de ambiciones, de sueños de gloria, le dijo:

—Mira, vida mía. ¿Ves ese lienzo a medio pintar, esas figuras indecisas que sobre él se bocetan, esa cosa que parece una mancha oscura y una tela grosera?... Pues es algo muy grande; una matriz fecunda y potente donde mi cerebro va arrojar el germen de una concepción vigorosa. Ahí está, yo lo veo, un triunfo, a cuyo lado valdrán poco todos cuantos hasta ahora obtuve. Mi cuadro será algo sublime, porque lo tendrá todo: idea, forma, armonía y color; yo lo miro, lo miro tal y como ha de ser, y al mirarlo gozo... No más victorias regateadas y vulgares, quiero un triunfo definitivo y ese triunfo está aquí. Con este cuadro venceré a la en-

vidia, afirmaré mi nombre, seré grande... No lo dudes, yo te lo juro. O no valgo nada, o estoy loco, o esta obra que miras será la columna más firme de mi reputación y de mi gloria ¡Oh, que dicha!... ¡Vencer a todos!... ¡Ser superior a todos!... ¿Comprendes mi gozo; comprendes lo que esto representa para mí... para nosotros, porque mis victorias son tuyas? Lo comprendes ¿Verdad que lo comprendes, bien mío?

—No he de comprenderlo—respondió Julia con el rostro coloreado por la alegría.—Si tu cuadro es como lo imaginas vamos a ser muy felices.

—¡Mucho, amor mío!

—Ya lo creo que sí. Lo menos te dan por él diez mil duros. ¡Cuánto dinero!

El pintor miró a su mujer con asombro.

—¿Nada más que eso—le preguntó con una sonrisa—se te ocurre, después de oirme? ¿No esperas nada más?

—¡Te parece poco!...

El artista se puso pálido; sintió algo así como si le hubieran hundido un puñal en el alma, y arrojó al suelo con desesperación los pinceles y la paleta.

—¿Qué tienes?—dijo ella.

—Nada. Es el cansancio del trabajo; hoy no trabajo más.

Y dirigiéndose hacia su cuarto, exclamó en voz baja:

—Mientras yo pensaba en la gloria, ella pensaba en el dinero... El artista sólo es para ella una letra de cambio... Se acabó. Ya no tengo mujer. Acaba de divorciarnos con una frase.

LA CANCIÓN DEL ORO

Yo soy frío, frío como la muerte; duro, duro como el corazón del malvado. El rojo color que me enciende es reflejo de las malas pasiones que despiertan mi posesión y mi privación.

»Por Mí, las humanidades pasadas y presentes han cometido crímenes a millares; por Mí, los cometerán las humanidades futuras.

»Para poseerme, los padres han ahogado a sus hijos, los hijos han hecho correr la sangre de sus padres, los hermanos han dejado morir de hambre a sus hermanos, el marido ha vendido a su esposa, la mujer ha escarnecido la honra de su esposo.

»Por Mí, el soldado fué perjuro a sus banderas, el mal apóstol vendió a su Maestro, las vírgenes perdieron su palma, el comerciante su honra, el juez su dignidad.

»Yo mando sobre todas las conciencias; yo avasallo todas las voluntades; yo profano los sepulcros y deshonor la memoria de los que fueron o convertí, a voluntad, en héroes a los pilletes.

»Donde aparezco, brillo; cuando brillo, deslumbro; donde quiera que deslumbro, venzo.

»La Bondad, el Valor, la Virtud, de mí necesitan. Si me desprecian, ellos quedan oscurecidos.

»Yo brillo en el pecho del guerrero, en el pectoral del obispo; sobre mi cuerpo levanta el sacerdote el Cuerpo y la Sangre divinas.

»Soy el alma del mundo; soy el Poder, soy la Fuerza. Donde yo aparezco, venzo; a quien quiero dominar, domino.»

PARA QUÉ SIRVE EL ORO

Oyendo la canción insolente del Oro, no pudo contenerse el Amor y dijo así:

«Nunca mi dueño fué el Oro. Si alguna vez se acerca a mis amados, yo me aparto de ellos. Siento por él invencible repugnancia. La Juventud, la Inteligencia, la Bondad y el Valor son mis dueños. A veces, hasta la Compasión me vence; pero nunca, jamás me venció el Oro».

Y al oír la protesta del Amor, la Juventud se expresó de esta manera:

«Yo, que soy la Generosidad, la fuerza viva del mundo, la esencia de la especie, nunca me rendí al poder del frío metal. El fulgor que irradia de Mí, ofusca su brillo; donde yo estoy, no se atreve a aparecer el Oro».

La experiencia, entonces, contó lo que una vez ocurriera:

«Erase un avaro malvado que jamás había dado hospitalidad a nadie ni había hecho limosna ni gastado una parte del Oro que de los demás exprimía, en satisfacer sus caprichos. Mal corazón y mala fama tenía; pero buena, buena provisión de monedas. Un día, tuvieron que emigrar todos los vecinos del avaro y el avaro mismo, porque una peste sin misericordia mataba a la gente como moscas. Unos llevaron consigo la Fuerza, otros la Resignación, los más afortunados la Esperanza, cuáles la Juventud, algunos fiaron en Mí: el avaro llevó consigo el Oro. Para llegar a la ciudad más cercana, fuerza les era atravesar el desierto. Los que tenían por sostén a la Juventud, la Bondad, el Amor, la Fuerza, la Resignación, la Esperanza, atravesaron el mar de arena. En sus oleadas quedó sepultado el avaro, que no pudo con el peso del Oro. ¡Ya veis para lo que éste sirve!»

Un viaje por los espacios interplanetarios

Supongamos, lector, que la Ciencia pudiera descubrir un medio para que fuese factible al hombre viajar por los espacios interplanetarios o interestelares, yendo de un mundo a otro mundo y de uno a otro sistema solar, con la misma facilidad con que hoy cruza los océanos. Semejante fantasía científica nos va a proporcionar unos cuantos minutos de satisfacción ideológica, muy de tu gusto, seguramente.

Imaginémonos recorriendo el infinito azul, que dijo el poeta, cómodamente instalados en un barco aéreo perfeccionadísimo, con objeto de que nos sea cosa fácil e inofensiva curiosear tras de recio cristal las maravillas celestes. El tal barco, merced a los progresos que habrá hecho la navegación de esa clase, dispondrá de medios para moverse, ora con la misma rapidez que las ondas luminosas, bien con la lentitud de suavísimo cefirillo. También podrá nuestra nave detenerse donde nos convenga, ya para abrir sus escotillas y dejarnos paso a algún planeta donde nos interese echar pie a tierra, o ya para que presenciemos algún estupendo cataclismo del espacio, por ejemplo, el estallido de una nueva estrella o la desirucción de un sistema planetario. Claro es que en estos dos últimos casos nos habremos de situar a distancia conveniente: ni demasiado lejos, con lo que quedaría sin satisfacer nuestra curiosidad, ni excesivamente cerca, para evitar el ser envueltos en la catástrofe.

Hemos subido mucho. En este momento nos hallamos más allá de donde brillan los meteoros. En torno del barco no hay ya una sola partícula de aire respirable. Vamos a trocar el movimiento ascensional en horizontal u oblicuo, lanzándonos a toda velocidad, sin temer para nada los efectos del flotamiento del aire en la masa de la nave. Esta lleva la marcha, decuplicada, centuplicada, del más rápido proyectil. Materialmente volamos a través del éter.

Para distraernos, abrimos una mirilla y dirigimos curiosa mirada hacia abajo. De nuestro pecho se escapa una exclamación de asombro, quizá de terror. Allá, a miles de kilómetros, está suspendido el planeta que acabamos de abandonar. Efectivamente, es un globo, una inmensa bola de billar, con un brillante séquito de estrellas, y despidiendo a su vez un pálido fulgor. Distinguimos bien el blanco capaceté formado por los hielos polares, y cuando más absortos nos encontramos en esa contemplación ocurre una cosa sorprendente. Por el pronto creemos que la Tierra se ha convertido en un poderoso cometa. ¿Qué es lo que ocurre?

Fluctuando sobre el centro boreal de fuerza mag-

nética aparece algo así como una estela de luz blanquecino-azulada, análoga a la que despide la llama del alcohol. Reflexionando un poco, nos acordamos de que todo aquello obedece a que los *iones* emanados del Sol están electrizando la atmósfera de la Tierra y produciendo el fenómeno de la aurora boreal.

Hemos dejado muy atrás la Luna. El barco devora el espacio con la velocidad del rayo. Nuestro globo se achica, mengua, hasta hacerse invisible en la oscuridad del cielo. Caminamos de tal modo, que el Sol, la Tierra y nuestro barco se encuentran en línea recta. El astro Rey se halla oculto por el globo terráqueo, de suerte que asistimos a un eclipse total de Sol. Las llamaradas de su corona sobresalen de los bordes de la Tierra, y fijándonos un poco distinguimos en torno de ésta un anillo coloreado, que no es otra cosa que la acción lenticular de su atmósfera.

Poco a poco, a medida que nos alejamos, el negro disco de la Tierra disminuye, en tanto que aumenta la superficie visible del Sol. Sin embargo, el brillo de las estrellas no se empaña en la negrura del firmamento, y esto se debe a que ya no hay atmósfera que difunda la luz solar en torno nuestro y de color azul al cielo.

¿Cuál podrá ser un cuerpo visible que aparece a poca distancia de la Tierra, en el campo, deslumbrante del Sol? Por su forma redonda y su opacidad parece nuestro planeta, si bien su tamaño es una cuarta parte menor. Ese cuerpo misterioso es la pálida Selene, vulgarmente llamada la Luna.

Estamos ya lejanísimos en el espacio. Como viajamos en una línea recta tirada desde la Tierra a la Luna, ambos planetas los vemos proyectados sobre el Sol. Allí están madre e hija, siluettadas en la refulgente faz del gran orbe que engendró a las dos.

Nos sumergimos aún más en las honduras del éter. Tierra y Luna merman rápidamente, en tanto que el Sol, apartadísimo de ellas, decrece con relativa lentitud. En breve tiempo la Tierra se ha convertido en una motita negra, y en cuanto a su satélite, lo hemos perdido completamente de vista. Dos minutos después el mundo que habitábamos, y del que estábamos tan orgullosos, es ya como la punta de un alfiler. Lueho, ni eso. La distancia se ha tragado a la Tierra. El punto negro se ha disuelto en el campo incendiado del Sol... Sin duda, empleando potentes telescopios, todavía podríamos ver otra vez la Tierra; pero sería vano intento, pues dada la tremenda velocidad a que nos movemos, el planeta quedaría pronto mucho más allá del alcance de los telescopios.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

que temía triunfar demasiado y ponerse así en condiciones de que aquello se convirtiese, ya pronto, en una cosa seria?

—Decí la verdad, no me hagás la ofensa de creer que ese dinero te lo facilito para sujetarte. Libre otra vez podemos seguir siendo amigos y hasta socios. Ya sabés que soy una mujer emprendedora...

Se le extinguió la risa, volvió a detenerse y añadió con voz alterada:

—Pero sé franco, hombre. Decí toda la verdad que prometiste. Decí que una mujer como yo te da miedo y que de esta manera el amor es imposible. Decilo...

Calló como si se le hiciese un nudo en la garganta. Recordó con cuánto trabajo, con cuántas angustias pudo conseguir el dinero de que dependía la felicidad de aquel hombre y acaso la propia felicidad y le dolió terriblemente ver cómo le despreciaban su sacrificio. ¡Creía Daniel que trataba tan sólo de tenderle un lazo!

La ahogaron los sollozos, y cuando pudo hablar era otra. Completamente humanizada comenzó a quejarse con lástima, con sincera lástima de sí misma. Ya temía lo que estaba ocurriendo, ya lo esperaba realmente. ¡Siempre había sido la mujer más desgraciada del mundo! Siguió hablando casi sin darse cuenta de que la escuchaban, como si hubiese perdido la noción del lugar, y aquellas quejas se las dijera únicamente a sí misma. ¡Nadie supo comprenderla nunca! De ahí acaso el defender, apelando a toda clase de recursos, un corazón que ella sabía capaz de interesarse como ningún otro... ¡Y la primera vez que se confió, que se dejó ir hacia el amor de un hombre, era para eso: para ver todos sus temores confirmados y oír que el hombre aquél no se atrevía a casarse con ella, tan coqueta, tan despreciable!...

Daniel la enlazó por la cintura, enternecido.

—¡Calla!

—Dejame hablar. Dejame decirte lo que vos no te atrevés. Temés no ser dichoso conmigo. Temés acaso cosas peores. Te asusto. Asusto a la gente, ya lo sé, hace tiempo que lo sé. Soy demasiado franca, demasiado sincera y no se puede ser de este modo. Pero yo tampoco puedo cambiarme el

alma. Yo no he sabido nunca disimular, guardarme mis sentimientos. Por eso la vida, aunque otra cosa parezca, sólo tiene espinas para mí...

Y deteniéndose bruscamente le clavó los ojos húmedos, que brillaban al reflejar la luz de los focos.

—No sé si me enamoré realmente del mar, como te conté un día. Lo que no es cierto es lo de ofrecerme a él. Eso lo dije por hablar, por animar una conversación, por dejarte acaso una impresión extraña respecto a mi carácter. No me importabas tanto como ahora y no te enteré del episodio en toda su realidad triste. Lo que entonces hice fué pedirle al mar consuelo y olvido. Quise matarme...

Contó aquello impetuosamente. Nada le importaba que las gentes de fuera no la quisiesen; pero un día le pareció que su padre tampoco la amaba. También a él le inspiraba miedo. No se daba cuenta de que todos sus alardes de independencia y originalidad eran como un escudo en que se abroque-





laba su pobre corazón incomprendido. ¡No amar a su padre! Le faltaban palabras con que decírselo, no acertaba a hacérselo saber con la sumisión constante a sus menores deseos! Y él la juzgaba por las otras hijas de extranjeros, lanzadas en un mundo fastuoso y siempre descontentas, siempre en el fondo un poco avergonzadas de la rudeza de sus progenitores... ¡Que llegase, sin embargo, el día del verdadero sacrificio; que llegase el momento de poder demostrarle cuánto lo amaba! Desgraciadamente, lo que llegó fué el convencimiento profundo de aquel despego, de aquel desamor. Más tarde pudo saber cuán equivocada estaba. ¡Pero entonces! Entonces, tan chiquita como era, no supo hacer otra cosa que asustarse, aturdirse. Pasó unos días con fiebre, delirando a todas horas, como una loca. ¡Su padre! Lo único que verdaderamente tenía en la vida. Fué como si se le acabase el mundo, si se apagase la luz para ella. Vió su existencia negra y triste cual una larga noche, una noche eterna, sin esperanzas de un nuevo sol. ¿Para qué seguir soportando aquella carga tan pesada? Y puso en el mar su esperanza toda y le pidió la obra que tantas veces había realizado y tan fácil debía de serle: la de envolverla en sus ondas y arrastrarla hacia sus abismos. ¿Por qué el mar la arrojó a la arena? ¿Por

qué ella no insistió en pedirle el favor de llevarla? ¿Qué felicidad podría ofrecerle ya el mundo?

El tono se había hecho solemne, extraño en aquella mujer que, bella siempre con su alegría, estaba más terriblemente seductora con su desolación y con su pena. Daniel se sintió conmovido hasta lo más hondo. La estrechó frenético, poseído tan sólo por un ansia ardiente de consolarla, de tranquilizarla.

—No hables de ese modo. No dudes de que te quiero, de que te querré siempre...

Mirándole aún al través de sus lágrimas, arriesgó la muchacha una pregunta:

—¿Por qué entonces lo que dijiste antes? ¿Por qué eso de no poder casarte conmigo?

Daniel casi se había olvidado de tales palabras y las recordó como a una sacudida brusca. Su imaginación, súbitamente desvelada, voló hacia la idea constante. Dió unos pasos silencioso, hundido en reflexiones amargas. ¿Podría realmente casarse con esta mujer? ¿Tendría alma para matar a aquella otra que allá lejos adelgazaba por él y por él moría lentamente? ¿Sería capaz de seguir engañando a ésta, ahora que se le aparecía tan digna de todas las purezas y de todos los sacrificios que caben en el amor? ¿Cuánto más noble no era aprovechar aquel momento en que ella desnudó ante él su alma para mostrarle también sinceramente la propia! ¡Cuánto, cortar a cualquier precio una relación que no debió haber comenzado nunca! Con su franqueza podría conservar aún la amistad encantadora de aquella mujer. De otra manera, al llegar la hora fatal del desengaño, sólo odio habría para él en su alma. Y ella misma le dió el pretexto, insistiendo en su idea.

—¡Dijiste de un modo eso de que no podías casarte!...

Daniel siguió un rato en silencio, con el temor del criminal que vacila, que retrasa unos instantes el descargar el golpe. Al fin murmuró tímidamente:

—¿Y si fuese verdad?

Calló todavía y volvió a preguntar más resuelto:

—¿Y si, a pesar de quererte tanto, no pudiera casarme contigo?

Sintió ella todo el frío de la puñalada. Le miró como temerosa de sus propios pensamientos y expresó por último:

—¡Sos casado!

Él no respondió, prefiriendo dejarla en aquella creencia. Después de todo, casado pudiera considerarse en realidad, ya que, si faltaba a sus desposorios la firma en un contrato y la bendición de un sacerdote, firmado estaba y mil veces bendito el

compromiso en su corazón. No respondió, y otra vez fueron callados algún tiempo, viéndola el sufrir, sorprendido todavía de aquel sufrimiento que no esperó nunca tan grande. Pero ya la muchacha le interpelaba resuelta, ofendida en su orgullo, secos los ojos...

—Al hablarme de amor, al pedir que te correspondiese, sabías muy bien cuál era el abismo abierto entre nosotros. ¿Qué te proponías entonces? Sé franco.

—Él vió claro. La franqueza era únicamente el modo de que todo acabase y acaso bien, sin odio, sin sombras...

—¿Lo soy?

—Absolutamente...

—Pues la verdad, la verdad entera...

Y dijo que desde el primer momento le gustó, como le gustaba a todo el mundo. Desde el primer momento sintió que le llevaba hacia ella una atracción poderosa y dulcísima; pero él no era libre y ella estaba demasiado alta y procuró sofocar aquel amor funesto. No pudo. ¿La ofendería si le dijese una cosa? Le pareció después un poco ligera, un poco frívola, una mujer de la que acaso podía esperarse todo.

—Y te pedí amores, perdóname. No te conocía bien...

La conoció más tarde. Vió cuánto aquella mujer valía, cuánto se diferenciaba de las demás. Y le nació en el alma así como una estrella. Si llegaba a quererle, acaso fuese capaz de seguir queriéndole por encima de todo, despreciando los prejuicios que tratasen de oponerse a su amor. Pero al mismo tiempo la conciencia hacía su obra, tejía su tela. Imposible realizar fríamente aquel plan, hundir en la desgracia a una criatura que se fió de él, que le distinguió entre tantos... La amaba mucho. Mas por lo mismo su felicidad imponíase a toda consideración de otra índole, y decidió sacrificarse. No quería sobre la conciencia el grave peso de su desdicha...

La muchacha aún preguntó, hostil y ceñuda:

—¿Y esto cuándo lo decidiste?

—Hace tiempo que estoy pensándolo; pero era tan doloroso el sacrificio que vacilaba siempre. Luego te veía y no podía tener alma más que para tu belleza. El dinero que no sé cómo conseguiste aceleró la confesión. Y ahora, después de oírte, comprendo que el seguir alentando tus esperanzas reviste el carácter de un crimen. Acabas de mostrarme un alma muy grande, un corazón muy necesitado de cariño, y yo sólo podría dártelo alejándole de tu vida y de tu gente. No hace tanto tiempo que han comenzado nuestras relaciones y



tú aun puedes olvidarme, querer a otro más digno de ti.

Callaba ella tristemente y él siguió hablando con palabras que la emoción hacía temblar.

—Perdóname. He estado ciego mucho tiempo acerca de tus virtudes y sólo pensaba egoístamente en que el tiempo pasase haciendo la obra de unirte a mí cada vez más, pero acabas de darme miedo. No sé la razón, no sé por qué me has preferido a tantos. Pero estoy convencido de que comienzas a amarme, y con esa gran alma tuya tal vez dentro de poco lo prefieras todo a separarte de mí... Y no. Aunque te indignes por los pensamientos que respecto a ti tuve, quiero ser bueno contigo. Aun es tiempo de que me olvides y encauces tu vida por otros senderos...

Hablaba automáticamente ya, con cierto disgusto por haber cavado tan honda fosa para el amor que hasta entonces los había unido. Detenidos en la esquina de una calle que la luz de un foco esclarecía vigorosamente, estaba viéndola bella, bellísima, con aquella palidez y aquella ansia. Calló entonces. Abrasada por dentro, a pesar del frío de la noche, abrió la muchacha su abrigo y lo echó hacia atrás, descubriendo los hombros, mostrando el escote y el traje de teatro, de seda gruesa, que hacía seguramente de traje y de camisa y se pegaba al cuerpo, modelándolo. Pero más perturbador que todo esto fué su voz, una voz velada y ardiente, cuyo tono demostraba lo decisivo de la determinación.

—¿A la otra aun la querés?

Daniel mintió con vehemencia, en la espera imprecisa de no sabía qué gran ventura.

—Ya te he dicho que sólo te quiero a ti. Por eso me he atrevido a confiar en la locura de que te hablaba. Por eso ahora comprendo que debo morir desesperado antes que hacerte más desgraciada callándome, dejando pasar el tiempo hasta el día, que tal vez llegase, en el cual lo prefirieses todo a vivir sin mi cariño...

Estaba tan bella la mujer, tan seductora, tan perturbadora, que él era sincero, absolutamente sincero al así hablarle. Hubo otro silencio, sólo lleno por la música lejana de un acordeón a quien una mano nostálgica debía arrancar sus sonos. Era una tocata muy conocida de Daniel, al son de la que bailó mil veces en los salones del Auro y cuyo rumor seguía meciéndole al abrazar a la moza de la noche sobre la serenidad de los campos sensuales y propicios. Todos los hechizos de aquellos instantes le envolvieron en ola lánguida y tibia. Cerró los ojos. La música perturbadora sonaba más cerca, más clara, y todo huyó ante la imaginación de Daniel. Huyó la calle de la ciudad hosca, huyó su propia vida tan llena de preocupaciones e inquietudes. Una emoción de campos blandos, un temblor musical de hojas invitándole a detenerse, la luz inconcreta de la noche, como la de un camarín de pecado, le llenaron el alma. Dulces palabras que allá había oído volvió a desear oírlas, suaves turgencias que había acariciado quiso acariciarlas nuevamente. Miró a Estela con anhelo infinito y le pareció un milagro lo que sucedía. Aquella mujer que, sin duda, venía luchando consigo misma, rompió de pronto a llorar silenciosamente, sin reproches ni congojas, y al fin, deteniéndose, le clavó los ojos donde, al través de las lágrimas, resplandecía la vehemencia de su pasión:

—Pues ese tiempo pasó y ese día ha llegado. Calculaste mal. Te quiero con locura. Desde el primer momento me gustaste. Desde el primer momento te amé con el alma entera. Tenía que ser así. Tenía que llegar al cabo mi castigo.

Pero aquella idea la sublevó. ¿Castigo de qué? ¿Qué culpas, realmente, eran las tuyas? ¿Por qué había de pagarlas tan caro? ¿Por qué su vida iba a ser nuevamente una noche eterna y desolada? ¿La quería tanto aquel hombre? Y se acercó a él y le sujetó las manos, le mareó con sus perfumes y con el contacto de su cuerpo. Entre el nudo de los brazos que la ceñían trémulos, sofocada por el aliento cálido en el cual le llegaban palabras apasionadas y vehementes, preguntó con aquella voz ronca, denunciadora de su intensa perturbación interior:

—¿A la otra no la querés de verdad? ¿Tu corazón está realmente libre? Porque es ya demasiado tarde. No puedo dejar de quererte. No puedo, no puedo...

—Sólo te quiero a ti. Mi corazón sólo tú lo ocupas...

—Pues entonces, sea cual sea lo que haya en tu vida, no renuncio a tu cariño. No te equivocaste respecto a mí. Pasaré por encima de los prejuicios, por encima de todo... Seré de vos lo que querás.

Sentían los pasos de la gente que atrás quedaba y adelantaron un poco. Se detuvieron, vuelta la esquina, para abrazarse, para sellar con un incendio de besos ardientes aquel compromiso. Cuando los pasos volvieron a oírse, Daniel le preguntó casi sin aliento:

—¿Vas a ir a verme?

—¡Si soy tu prometida y nada podemos esperar fuera de nosotros! Haré lo que querás, es mi deber obedecerte.

—Pues vete, mira...

—Pero no la amas, ¿verdad? No ha dejado rastro alguno en tu corazón. Sólo eso te pido. Que no sea la mujer de quien un hombre se separa con pena, sino aquella de la cual se huye... Si me engañases...

Y su voz se hizo temerosa y agorera al añadir que temiese su venganza.

—¡Si aun no me amas y creés que no me amarás nunca, podés equivocarte! ¡Mirá que cuantos se acercaron a mí me han amado con el alma entera! ¡Y no sé cómo me he enamorado yo de este modo, no estoy muy convencida de no estar soñando! ¡No hagás la locura de despertarme!...

Veíanse próximos los altos árboles de la casa de Estela y las torres esbeltas plateada por la luna. Daniel apenas se daba cuenta de las palabras de la muchacha. A lo lejos, vaga y más inquietante, con una cadencia de sueño, continuaba la música del acordeón. Del jardín de Iturbe vinieron perfumes que más le recordaban los aromas del heno, del trigo maduro. Y cerca, mirándole, fascinándole, estaban aquellos ojos divinos que languidecían en la inmensidad de su emoción y su ansia. La acarició entonces lenta, perdidamente.

—No me he separado con dolor de persona alguna. No tengo en el mundo nadie de quien esperar el dolor o la dicha sino tú...

Volvían a sentirse los pasos de Iturbe y Pumariega, y Daniel le explicó rápidamente cómo era su casa, cuál la hora más a propósito, de qué modo se llegaba a su habitación.

(Continuará)